

BOLSURROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

SUSURROS PARA EL CRIMEN

Curtis Garland

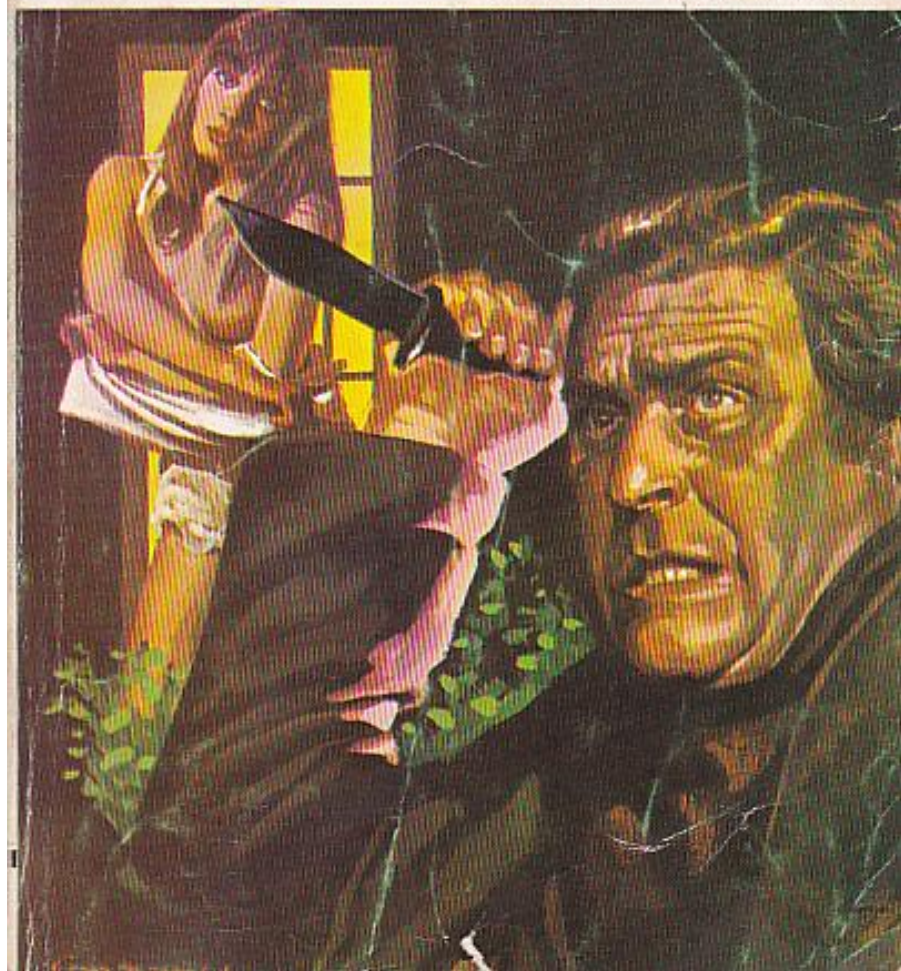


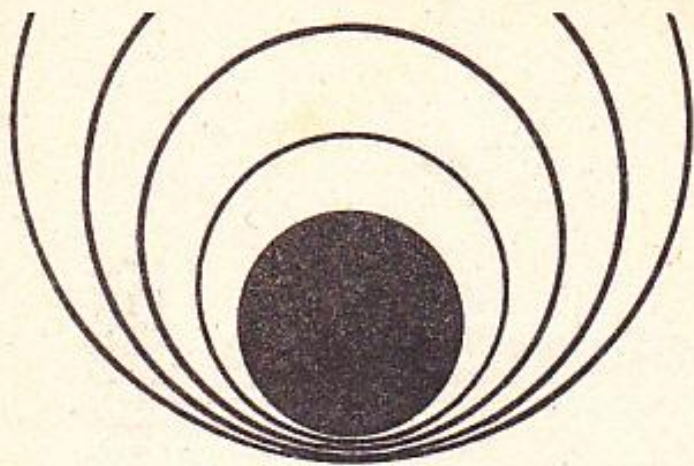
BOLSIBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

SUSURROS PARA EL CRIMEN

Curtis Garland





PUNTO ROJO





CURTIS GARLAND

SUSURROS PARA EL CRIMEN

Colección PUNTO ROJO n.º 1.068 Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA
EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.663 — Gente de oro.

En Colección PUNTO ROJO:

1.056 — Sangre en mi diario.

En Colección LA HUELLA:

134 — Pasaje sin salida.

ISBN 84-02-02520-X Depósito legal: B. 29.978 1982

impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: octubre, 1982

1.a edición en América: abril, 1983

© Curtis Garland • 1982

texto

© Company -1982

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.

A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (Espada)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclu-

sivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1982

CAPITULO PRIMERO

Sonó el teléfono.

En el silencio profundo de la casa y de la noche, su timbrazo resultó casi estruendoso.

Se fue repitiendo con intermitencias de silencio. El repiqueteo persistió, aunque nadie to-maba el aparato por el momento.

Se abrió la puerta de la casa. Contra la luz del comedor se recortó la silueta de la mujer joven y esbelta. Llevaba un abrigo de paño color verde manzana. Estaba nevando ligeramente. Una ráfaga de aire frío agitó los faldones de la prenda cuando ella entró, cerrando tras de sí.

Encendió la luz. Miró sorprendida el teléfono de color rojo brillante, sobre la mesita de vidrio en tono humo. No parecía esperar llamada alguna.

Dejó su bolso sobre un mueble. Avanzó hacia el teléfono. Lo descolgó, despreocupada, tras mirar con cierta perplejidad el reloj mural, entre dos cuadros de pintura abstracta, con gran profusión de pinceladas amarillas y negras.

Eran las dos y diez de la madrugada. Demasiado tarde para que nadie llamase a la casa, parecía pensar la muchacha de cabello rubio suave, peinado en melena corta.

—¿Sí? —preguntó— ¿Dígame?

—¿Señora Blake? —preguntó una voz ronca, distante.

—Sí, yo misma. ¿Quién llama?

—Su asesino, señora.

—¿Qué? —replicó vivamente ella—. ¿Qué dice? ¿Es una broma?

—Matar no es una broma, señora Blake —la voz era un murmullo ronco al otro extremo del hilo, una voz difícil de identificar—, Y yo voy a matarla a usted.

La mano de ella se aferró en torno al teléfono. Su gesto cobró un aire de preocupación y temor. Pero su voz sonó firme, totalmente serena:

—Si esto es una de esas llamadas de chiflados que pretenden asustar a

las mujeres mediante el teléfono, pierde el tiempo. No va a asustarme. Ni lo más mínimo.

—¿No, señora Blake? —el tono de la voz en el teléfono se hizo sarcástica—. Vamos, vamos, usted puede ser muy valiente, pero no va a engañarme con esas palabras de falsa calma. No soy un loco. Sólo un asesino que quiere advertirla. La mataré a usted, señora Blake, La mataré muy pronto. Eso es seguro. Ahora ya lo sabe. Pero no va a servirle de nada. Morirá de todos modos. Buenas noches, señora Blake. Tendrá flores en su tumba, no tema. Gardenias. ¿No es su flor favorita?

Hubo una risita irónica. Y sonó el «clic». Habían colgado.

Ella se quedó rígida, mirando el teléfono silencioso. Lo colgó a su vez, lentamente.

Luego marcó un número de los que figuraban en una pequeña lista de urgencias.

Era el teléfono de la policía,

—Departamento Central de Policía de la ciudad de Nueva York —dijo una voz rutinaria—. Hable, por favor.

—Han llamado amenazándome de muerte ahora mismo —informó ella, escueta—.

¿Podrían detectar el origen de la llamada?

—Imposible, señorita —rechazó la voz.

—Señora. ¿Por qué imposible?

—hubiera sido preciso intentarlo antes de ser colgado el teléfono, mientras duraba la llamada, a menos que sea una conferencia a larga distancia, mediante centralilla.

—No lo creo, siendo una amenaza de muerte —sostuvo ella, serena.

—Yo tampoco. ¿No cree que pudiera ser una broma de mal gusto?

—Podría serlo. Pero también podría ser algo peor. Por eso les llamo.

—¿Quiere presentar denuncia oficial por ello, señora?

—Sí.

—Bien. Informe, por favor. ¿Su nombre?

—Patricia Blake.

—¿Casada?

—Sí.

—¿Está su esposo en casa ahora?

—No.

—¿Se encuentra sola?

—Tenemos una doncella. Pero libra hoy. Yo acabo de llegar. Sonaba el teléfono cuando entré en casa.

—Ya. ¿Y su esposo aún no ha llegado?

—No lo hará hasta mañana. Está ausente de la ciudad.

—Comprendo. Déme sus señas y teléfono, por favor.

—Cuatrocientos diez, Calle Treinta y Tres Oeste. Teléfono 212-858-3410.

—Muy bien. Dice qué está sola...

—Sí. En estos momentos, sí. Mi marido es escritor. Viaja mucho.

—¿No tiene familia?

—Una tía. Pero vive en Jersey City.

—¿Vecinos en quienes confiar?

—Sólo una vecina —recordó ella, tras una leve vacilación.

—¿Enemigos?

—Que yo sepa, ninguno.

—¿No trabaja usted?

—Por supuesto. Diseño modas en una empresa de alta costura y cosmética.

—¿Rivalidades profesionales?

—No sé. Supongo que sí. Pero más bien femeninas, en todo caso.

—¿La voz que la amenazó era de hombre?

—Sí.

—¿Puede repetir lo que le dijo ese hombre?

—Lo intentaré —expresó, más o menos, cuanto oyera momentos antes por el teléfono—. Parecía hablar en serio. Y afirmó que no estaba loco.

—Eso lo dicen todos. No hay que darle demasiado crédito. Casi todos esos tipos son psicópatas que disfrutaban aterrorizando a mujeres solas. Comprenderá usted que un verdadero criminal, raramente advierte a su víctima de modo previo, acerca de sus intenciones.

—¿Eso es todo lo que pueden hacer por mí?

—No, no todo. Enviaremos a un agente a visitarla mañana mismo, a menos que desee que vaya ahora mismo para protegerla.

—No, no es necesario —rechazó ella—. Cerraré bien puertas y ventanas. No soy miedosa. Además, tengo un arma.

—¿Un arma? ¿Qué clase de arma?

—Una pistola automática calibre 32. Sé utilizarla. Y tengo licencia.

—Espere, por favor. Voy a pasarla con el teniente Wayne, de Homicidios. Veo que su número está libre ahora. El puede hacerse cargo de su caso, señora. No se retire.

Ella esperó. Tras una pausa y una conexión, una voz grave llegó a sus oídos:

—Teniente Hasper Wayne. Departamento de Homicidios. ¿Señora Blake?

—Sí, yo misma.

—Hable, se lo ruego. Me han dicho que tiene que denunciar amenazas de muerte...

—Así es.

Patricia Blake informó pausadamente de todo lo ocurrido. Al final, esperó respuesta del policía. Esta no tardó en llegar.

—He tomado nota de todo. Iré yo en persona a verla. ¿Puede recibirme ahora mismo?

En menos de veinte minutos estaré en su casa, señora.

—Está bien —aceptó ella—. Haré algo de café. Le espero. He tenido una reunión en la empresa de alta costura donde trabajo, hasta altas horas de la madrugada. No me importará estar levantada una hora o dos más. Estoy habituada a ello, teniente.

—Perfecto. Puede colgar, señora Blake. Estaré ahí de inmediato. No me abra hasta que yo le diga exactamente esto: «Señora Blake, soy el teniente Wayne. Debo verla de inmediato.» Esa será la contraseña, recuérdela. No debe correr el riesgo de abrir a nadie que no sea yo.

—Muy bien —suspiró ella, tranquila—. Recordaré su frase, teniente. Confío en que nadie tenga interceptado mi teléfono y capte esta llamada...

—Es usted muy astuta, señora. Es una buena cautela. Comprobaremos fácilmente ese extremo sin problemas. Luego iré. De todos modos, le mostraré mi placa y credencial a través de la mirilla, por si acaso. Cuando vea a un tipo recio, feo y algo colorado, sabrá que soy yo, no lo dude —y rió, al colgar.

Ella se puso en pie, encendiendo un cigarrillo que extrajo de su pitillera de oro, con sus iniciales grabadas en pequeños diamantes. Fumó lentamente, paseando por la estancia su alta, elegante figura.

Aseguró el pestillo y la cerradura, revisó las ventanas del lujoso apartamento, y se encaminó a su dormitorio, extrayendo una pistola automática de calibre 32, con cachas de nácar. Comprobó que estaba cargada y examinó el seguro. Más calmada aún, la guardó en un bolsillo de su chaqueta de punto, que llevaba bajo el abrigo de paño que se había quitado momentos antes, y siguió fumando, no sin servirse un whisky con soda y hielo, que saboreó con ojos preocupados.

Ojos color violeta, profundos e inteligentes, bajo el fino doble arco de unas cejas color rubio ceniza suave. La bella faz aristocrática de la joven revelaba cierta tensión tras su aparente relajamiento. Pero en ningún momento se captó en ella la más leve pérdida de su autocontrol y su admirable serenidad.

Sonó el timbre de la puerta, abajo. Ella miró su reloj de platino con diamantes. Habían pasado justamente diecisiete minutos desde que

colgara el teléfono. Fue al receptor. Descolgó el teléfono con visor. Abajo apareció, en la pequeña pantalla, un rostro lleno, ancho y sólido, con aspecto de estar rojizo.

—¿Sí? —dijo, estudiándole.

—Teniente Wayne, señora Blake —dijo él, mostrando placa y credencial ante el objetivo, al comprobar que ella poseía sistema de televisión acoplado al teléfono de la entrada —. Debo verla de inmediato.

—De acuerdo. Suba —pulsó el sistema de apertura de la entrada —. Le espero.

Momentos después, entraba el policía en el apartamento. Pareció abrumado por el lujo que todo él mostraba, pese a su exquisito gusto en decoración y mobiliario. Miró a la joven dama, tras inclinarse cortés ante ella.

—Veo que vive usted con comodidades evidentes —apuntó.

—Sí, es un buen apartamento. Comprenda que tengo amistades importantes, y a veces se organizan aquí recepciones.

Mi marido también tiene reuniones literarias y todo eso.

—Comprendo. Son ustedes ricos.

—Sí, puede decirse que sí —admitió ella, de mala gana.

—¿Quién posee la fortuna? ¿Usted o su esposo?

—Los dos, teniente. Somos marido y mujer.

—Ya sé, ya sé. Perdona la forma de preguntarlo. Lo haré de otro modo. Cuando ambos eran solteros, ¿quién poseía fortuna propia?

Patricia Blake vaciló un momento. Luego confesó:

—Yo. ¿Eso tiene alguna importancia?

—No necesariamente. Pero esa clase de datos siempre cuentan cuando una mujer es amenazada por un posible demente.

—Mi esposo gana el dinero por sí mismo. Es un conocido escritor. No necesita mi fortuna para nada. No la hemos tocado siquiera. Yo gano un elevado sueldo en mi empresa. Y ambos ejercemos nuestra

actividad sin exigirnos nada mutuamente.

—Ya. Un matrimonio moderno, ¿no?

—Así se nos suele llamar, sí —sonrió ella, mirándole pensativa—. Usted no está de acuerdo con ese modo de pensar, ¿verdad?

—Eso no cuenta ahora, señora Blake. Yo quiero ponerme en el lugar del que la llamó.

Debe envidiarla, sin duda. Y parece que tiene motivos para ello.

—¿Un resentido?

—Es posible. O un celoso. O un despechado. Hay muchas explicaciones para esa clase de psicosis. Abundan mucho los que amenazan por teléfono, señora. ¿Dijo que su marido es famoso como escritor?

—Sí, lo es.

—¿No será Richard Blake, el escritor de novelas de crímenes?

Patricia pareció sorprendida. Miró al policía, curiosa.

—¿Le conoce?

—¿Y quién no? He leído algunas obras de él. Son muy sofisticadas. Los crímenes nunca son tan complicados en la vida real. Pero me gusta cómo escribe. Es ameno y divertido.

Aunque sus criminales son siempre demasiado inteligentes... y la policía excesivamente tonta.

—Sin embargo, siempre hay un detective que lo descubre todo —sonrió ella.

—Oh, eso sí. Un héroe tan listo como irreal, que desentraña los más enrevesados problemas. Eso tampoco responde a la realidad, señora Blake, ambos lo sabemos.

—Nunca pensé que Dick pensara escribir nada real... Yo siempre le llamo Dick, ¿sabe?

No, a él le gusta imaginar cosas, crear hechos, prescindiendo de su dosis de posible ve-rismo. Sólo busca entretener al lector y plantearle un problema más o menos difícil.

—Dejemos ahora a su esposo y sus inefables novelas de crímenes —suspiró el policía apaciblemente—. Y hablemos de su caso concreto, que ése sí es real. Dígame, señora Blake, ¿sabe dónde está ahora su esposo?

—Exactamente al otro lado del país. Tenía una serie de conferencias en California, para presentar su última novela, *El asesino imposible*. La empresa editorial para la que trabaja ahora ha montado esa promoción en la Costa Oeste.

—¿No le ha llamado para informarle de esto?

—No he querido preocuparle, eso es todo. Además, acostumbra a ser él quien me llama cada día. Mañana lo hará, y le explicaré lo sucedido.

—Comprendo. ¿Cuándo tiene previsto su regreso a Nueva York?

—Este mismo fin de semana. El viernes, o lo más tardar la mañana del sábado. ¿Cree que su presencia aquí puede resolver algo, teniente?

—Eso nunca se sabe —confesó Wayne, encogiéndose de hombros—. Pero él podría recordar a algún posible enemigo, un resentido, alguien que le odie o le envidie...

—No sé si mi marido tendrá enemistades, a menos que contemos a algún lector de sus novelas poco acorde con su modo de escribir —apuntó ella con buen sentido del humor.

—Bueno, no me refería exactamente a eso —sonrió el teniente—. Hablaba, como es lógico, de cuestiones más personales y serias. ¿Usted no sabe de nadie que pueda tenerle a él la suficiente animosidad como para vengarse en su persona, señora?

—Pues no, no lo sé. Entre nuestras amistades es difícil pensar en la posibilidad de que exista un ser semejante. Tenemos buenos amigos y ningún enemigo conocido. A menos que...

—¿A menos qué, señora Blake? —se interesó vivamente el policía al ver su repentina vacilación.

—A menos que se trate de Norman King... —apuntó ella, vacilante.

—¿Norman King? ¿Quién es él?

—Otro escritor. Del mismo género que Dick.

—¿Los colegas acostumbran a odiarse mutuamente?

—No siempre, claro. Pero King... fracasó con sus dos últimas novelas. Era un autor exclusivo de la empresa donde escribe ahora Dick. Le rescindieron el contrato y ha sido mi marido quien ocupa su puesto con gran éxito. Son dos motivos claros de enemistad, para un hombre rencoroso como Norman King: dinero y éxito. En poco tiempo, ha perdido su contrato y su edición de obras. En beneficio de Dick. ¿Eso no es un posible motivo?

—Por supuesto. ¿Supongo que podría ser la voz de ese hombre la que le llegó por el teléfono?

—No podría decirlo en absoluto, teniente. Era como un susurro. Voz alterada, apagada,

extraña... Tenía un sonido horrible, ésa es la verdad. Maligno, diría yo.

—Pero no puede estar segura de que fuese ese King o no.

—No, no puedo estarlo en absoluto.

—No me está ayudando mucho —resopló Hasper Wayne contrariado.

—Es que no puedo hacerlo, compréndalo. Yo no puedo afirmar algo que ignoro.

—Bien, gracias de todos modos. Intentaremos empezar por tan poco, tratando de...

¿Eh? ¿Qué es eso? —preguntó sordamente el policía de pronto, señalando a la puerta del apartamento, mientras llevaba con rapidez su mano a la axila izquierda.

Ella giró rápidamente la cabeza hacia donde señalaba el policía. Se estremeció, palideciendo levemente, con la mirada fija en la puerta.

Estaba girando el pomo de la cerradura lentamente.

Alguien estaba abriendo la puerta. Se oyó el leve chasquido al girar una llave.

—No sé... —musitó ella, demudada—. Nadie tiene llave de abajo y de aquí, salvo Dick y yo...

Rápido, el policía le hizo un gesto, recomendando silencio, y corrió

junto a la entrada, situándose a un lado, revólver en mano. Con gesto de vivo terror, Patricia contempló todo eso, sin moverse de su asiento.

La puerta se abrió sin ninguna cautela especial. Un hombre entró en el apartamento.

—¡Pat! —sonó su voz—. ¿Qué haces levantada a estas horas?

Avanzó otro paso. Se encontró con el revólver del teniente Wayne apoyado en su cuello. Dejó un pequeño maletín, sorprendido, y ella gritó, incorporándose aliviada:

—¡Dick! ¡Cariño! ¡Oh, gracias a Dios que eres tú!

Y corrió a sus brazos, sin preocuparse del arma que empuñaba el teniente Wayne.

CAPITULO II

—De modo que ha vuelto usted cuando nadie le esperaba —masculló el teniente, sorprendido, guardando su arma.

—Así es —afirmó risueño el recién llegado. Miró curioso al policía—. En un principio pensé en un atracador, un robo en mi domicilio o cosa así. Me dio un buen susto, teniente, más por mi esposa que por nada...

—Lo siento —manifestó el policía—. No podía esperar que fuese usted.

—Ni yo lo esperaba. A estas horas, y en miércoles... Dick, ¿no tenías que pasar toda la semana en California? —ella le miró con fijeza, aún en sus brazos, sin poder dominar su extrañeza.

—Así es —convino él, algo reticente—, ¿No te alegra que anticipara mi regreso?

—Por supuesto, pero no entiendo lo que pudo suceder para...

—Ya lo sabrás —la interrumpió él. Luego se volvió al policía, le escudriñó, y añadió con firmeza—: ¿No será mejor que me expliquen antes lo que ocurre aquí, para que en plena madrugada un teniente de policía me reciba en mi casa; revólver en mano?

El teniente y la joven esposa se miraron. La inquisitiva mirada gris del escritor se fijó en ambos, llena de curiosidad y de una cierta tensión y ansiedad que al policía no se le podía escapar.

—Es muy sencillo, señor Blake —explicó Wayne con tono calmoso—. Su esposa denunció un suceso y vine a investigar, eso es todo.

—¿Un suceso? ¿Qué clase de suceso? —se interesó viva mente Blake, con cierta rigidez en su cuerpo.

—Alguien me llamó por teléfono, cariño —dijo roncamente Patricia—. Me amenazó de muerte. Era una voz que no pude reconocer. Pero parecía conocerme muy bien quien llamó. Incluso sabía que eran las gardenias mi flor preferida...

Blake estaba algo pálido. No hizo comentario alguno, limitándose a mirar fijamente a su esposa. El teniente Wayne, mientras tanto, no le perdía de vista a él.

—¿Acaba de llegar usted a Nueva York? —preguntó el policía.

Dick Blake se volvió a él, ceñudo. Afirmó:

—Claro. En vuelo nocturno desde San Francisco.

—De modo que lleva ya algún tiempo en la ciudad...

—El suficiente para llegar del aeropuerto a casa, lógicamente. ¿Por qué pregunta eso, teniente?

—Por nada —se encogió Wayne de hombros—. Simple curiosidad profesional, señor Blake.

Dick le miró sin responder. Parecía meditar sobre algo. Preguntó de repente:

—¿A qué hora fue ésa llamada, Pat?

—Sobre las dos... No, a las dos y diez en punto por ese reloj, lo recuerdo bien —dijo, señalando el mural—. Miré antes de descolgar, sorprendida por lo tardío de la llamada.

Venía en ese momento de la reunión de diseñadores de que te hablé... Se prolongó hasta muy tarde.

—Entiendo. Si le interesa saberlo, teniente, a las dos y diez estaba ya en el aeropuerto de Nueva York, tomando un café antes de dirigirme a casa —explicó con fría ironía Blake, mirando sarcástico al policía—. Pude haber sido yo el autor de esa llamada, por tanto, como usted sospecha. Pero no lo fui. Quiero a mi esposa y no pretendo matarla para heredar su fortuna personal, si es ésa su teoría, teniente.

—¡Dick! —se horrorizó ella—. ¿Qué cosas tan horribles estás diciendo?

—Más o menos las que pasan por la mente de nuestro amigo, el teniente Wayne —

sonrió con tristeza Blake—. ¿No es cierto?

—Su esposo dice verdad, señora —suspiró el policía—. Debí imaginar que el creador de tantos misterios no tendría dificultad en interpretar mis preguntas. No pretendo disculparme por mis pensamientos, señor Blake. La obligación de un policía es la de sospechar de todo el mundo.

—Le comprendo muy bien, teniente. No le reprocho nada. Ahora van a saber ambos por qué regresé tan de improvisto a Nueva York! No quería revelarlo, pero a la vista de lo sucedido aquí esta noche, creo que es absolutamente necesario que lo haga.

Buscó en su bolsillo. Extrajo un sobre alargado, franqueado y matasellado. Se lo entregó al teniente Wayne. Este lo abrió, alzando la solapa posterior, y extrajo una hoja de papel doblada en dos. La desplegó.

Pudo leer su contenido, escrito con recortes de papel de periódico, en letras de desigual tamaño:

BLAKE: SU ESPOSA MORIRA MUY PRONTO. ESTA SENTENCIADA.

—¿Te puedes sentir tan tranquila, trabajando como si nada, con esa amenaza pendiente sobre tu cabeza como la tan famosa espada de Damocles?

—¿Por qué no? —se encogió de hombros Patricia Blake, siguiendo con su tarea en el diseño primaveral que tenía entre manos—. La vida sigue, Vanessa. Hay que hacer como si nada hubiera sucedido. Después de todo, no ha sucedido, ¿verdad? Todo se limitó a dos amenazas de algún desequilibrado, a través del correo y el teléfono.

Vanessa Kirby, directora de la sección de diseños de la empresa de alta costura Luxury, movió su rubia cabeza con asombro, estudiando a su compañera y amiga con aire realmente perplejo. Sus ojos muy azules tenían una expresión de desconcierto.

—No puedo entenderlo, Pat —confesó—. Yo estarla muerta de miedo.

—No es que esté totalmente tranquila, la verdad —sonrió Pat Blake, alzando sus ojos color ámbar del bello y gracioso trazo que estaba plasmando en la cartulina—.

Sencillamente, no puedo hacer otra cosa. Esas amenazas no deben alterar mi vida.

—¿Y qué dice la policía de todo eso?

—De momento, poca cosa. Suponen que puede ser un chiflado, alguien que quiere hacerme la vida imposible con anónimas amenazas. Dicen que en el ochenta y cinco o noventa por ciento de los casos, es así.

—¿Y en el diez o quince por ciento restante?

Pat arrugó su ceño y la naricilla tomó un gracioso respingo en la bella cara invadida por la preocupación. Luego volvió a encogerse de hombros, reanudando el trazado de su modelo.

—No me preocupa en exceso —admitió—. Podrían intentar asesinarme, es cierto. Pero han montado protección policial, por insistencia de Dick. No hay nada que temer.

—No puedes vivir toda la existencia con un policía o dos pegados a tus talones.

—Ya lo sé. De momento, será así. Dicen que el autor de esos anónimos puede aparecer, intentar algo. Y si lo cazan, todo habrá terminado.

—No sé, no sé... ¿Crees que alguien puede odiarte tanto como para desear tu muerte o, como mínimo, aterrorizarte de modo constante?

—No, no puedo creerlo. Aún me resisto a imaginar que esto es real, y no una novela más de las que escribe Dick.

—¿Y él? ¿No será, en cierto modo, la víctima elegida? Podrían estar intentando asustarle a través de sus amenazas a tu persona...

—Sí, la policía también ha pensado eso, querida —suspiró Pat—. Creo que investigarán a todas nuestras amistades. Es una situación muy embarazosa para todos.

—La carta que escribieron a tu marido, ¿procedía de Nueva York?

—Sí. Tenía el matasellos de una estafeta urbana de Manhattan. Pero la policía no ha encontrado nada útil en ella. Ni huellas, ni dato alguno que ayude. El papel utilizado es vulgar, el sobre también, y se escribió recortando letras de unos periódicos. Como ves, todo muy tradicional. Igual que en las viejas películas.

—Pero esto no es una película, Pat.

—De sobra lo sé —hizo el último trazo y contempló el resultado. Se le mostró a Vanessa—. ¿Te parece bien este modelito para completar la serie Mariposa?

—Excelente —aprobó su compañera y jefe de sección, con gesto complacido—. Eres maravillosa, Pat. Incluso estando preocupada, creas auténticas delicias. Si algún día te cansas de esta actividad y te

acuerdas de que no necesitas trabajar para vivir como una reina, no sé lo que será de esta casa sin ti.

—Entonces, reza porque no me asesinen —dijo Pat, risueña, haciendo gala de un envidiable sentido del humor, a costa de su propio riesgo personal.

Vanessa la miró, perpleja, meneó la cabeza y confesó, tocándose pensativa sus ricitos dorados:

—A veces me dejas asombrada, Pat. Sólo a una mujer como tú se le ocurriría bromear con su propia vida.

Salió de la amplia y bien soleada oficina, asomada la Quinta Avenida, y Pat Blake se quedó sola en el despacho, pensativa y ya no tan risueña como la viera su amiga.

Dejó a un lado el tablero de trabajo y el lápiz de color, para contemplar a través de las vidrieras el sol tibio del otoño, iluminando las fachadas de los edificios neoyorquinos. Sus carnosos labios tenían un mohín de clara preocupación.

Sonó el teléfono. Lo descolgó, con aire distraído, sin dejar de mirar a la calle.

—Luxury, sección de Diseño —habló—. ¿Quién llama?

—¿Señora Blake? Buenos días. ¿Me recuerda usted bien?

Pat estuvo a punto de chillar. Pero se contuvo. Su mano aferró el teléfono, los ojos giraron, excitados, en sus órbitas, dejando de ver la calle, el sol y las casas vecinas. Aquella voz... Un susurro maligno, brotando del auricular.

—¿Qué quiere ahora? —jadeó ella—, ¿Quién es usted?

—Vamos, vamos, señora —rió aquella voz siniestra—. No esperará que se lo diga,

¿verdad? Pero me tiene cerca, muy cerca... No lo olvide. Estoy preparándolo todo. Voy a matarla, muy pronto, señora Blake. No importa los policías que tenga al lado. La mataré...

—¡Escuche! —comenzó airadamente, más furiosa que asustada ahora.

Clic.

Habían colgado. Golpeó inútilmente el aparato. La voz de la encargada de la centralita fue la única en surgir por el aparato.

—¿Qué desea? —preguntó, mecánica—. Aquí centralita...

—¡Llama Patricia Blake, de Diseños! —clamó—. Acaban de hacerme una llamada desde el exterior. Necesito saber quién y desde dónde. Luego, avise a la policía. De inmediato.

—Pero..., pero si no le he pasado llamada alguna, señora Blake —se excusó la operadora—. Su línea estaba desocupada hasta hace poco. Debieron llamar directamente a su número, sin pasar por centralita...

Patricia se detuvo, vacilante. Sabía que eso era posible, por ser ésta una línea que podía ser directa o pasar por la centralilla de la empresa.

—¿Está segura de eso? —insistió.

—Totalmente, sí.

—Bien. Entonces, límitese a llamar a la policía. Dígales que el teniente Wayne se ocupa del caso, en Homicidios. De parte de Patricia Blake. Es urgente...

Y colgó, sintiéndose de pronto realmente asustada. Se apoyó de brazos en la mesa... y rompió a llorar.

* * *

—Ya lo han conseguido, Pat. Te han asustado...

Oh, Dick, fue horrible. Esa misma voz, tan segura de sí, afirmando que ni siquiera los policías lograrían salvar mi vida..., que todo estaba a punto para matarme...

—Tonterías. Sólo son amenazas de un loco. Busca lo que ha logrado ahora: amedrentarte, romper tus nervios —insistió Blake, teniéndola firmemente abrazada contra sí.

—Si alguien deseara realmente causarte un daño físico, no perdería el tiempo con advertencias y amenazas, sino que lo hubiera intentado ya en mi ausencia.

Pat alzó la cabeza y miró a su esposo, pareciendo buscar en las firmes facciones viriles del joven escritor la confianza que empezaba a perder, bajo los impactos de aquellos avisos anónimos.

—El teniente dice que no es fácil que un vulgar chiflado conozca un número que no figura en la guía, como es la línea directa con el Departamento de Diseño que no precisa pasar por centralita para comunicar con el exterior. Sólo ese número, el del despacho de Vanessa Kirby y el de la propia dirección de Luxury, tienen esa particularidad. Y ninguno de ellos consta en la guía telefónica de Nueva York.

—¿No pudo llamarte alguien de la propia firma, desde el edificio mismo?

—¿De la Luxury? —se sorprendió ella—. No, ¿por qué habrían de hacerlo?

—Supongamos que tu anónimo enemigo es alguien de Luxury que te tiene odio o envidia por la razón que sea. ¿Precisa pasar por centralita su llamada, por vía interior?

—En ciertos casos, sí. En otros, se puede marcar directamente el número desde otro teléfono, pulsando previamente el botón para dejar línea abierta.

—Supongamos que tu propia amiga Vanessa lo hiciera.

—¿Vanessa? ¡Oh, cielos, no! Es mi amiga, mi compañera, mi jefe directa...

—No importa quien sea. Todo el mundo es sospechoso hasta que no aparece un culpable —insistió Blake— Si fuesen Vanessa o Dirección... ¿qué?

—Ni Vanessa ni Audrey Smith, la directora general, pueden caber como sospechosas de algo así en mi mente —rechazó de plano Pat—. Además, la voz... era de hombre.

—¿Era... o *parecía* de hombre? —insinuó Blake, con tono grave.

—Bueno, yo... no podría jurarlo, a menos que fuese una mujer de voz profunda... Pero más bien parece un hombre que una mujer. Ni Vanessa ni Audrey Smith tienen una voz grave, Dick.

—La voz se puede alterar a voluntad, si se tiene facilidad para ello. E incluso existen aparatos que aplicados a la boca o la garganta podrían crear tonos muy distintos al real.

Una voz por teléfono significa tan poco como ese mensaje con letras

de periódico, que alguien me envió a California...

Sonó el timbre de la puerta. Patricia pegó un leve respingo de sobresalto. Dick la calmó, clavando sus ojos cautos en la puerta. Se irguió, recomendando calma con un gesto a su joven esposa. El escritor tomó un atizador dorado de la chimenea y se movió hacia la entrada con sigilo. El timbre insistió.

Abrió súbitamente la puerta, enarbolando el atizador. Su visitante, sobresaltado, pegó un salto atrás, mirándole con asombro.

—Cielos, Dick, ¿desde cuándo recibes las visitas con esos modales... y con adornos tan poco agradables en tu puerta?

Dick Blake miró hacia la puerta abierta, sin comprender. Pat ya había mirado también desde el sofá, y un grito desgarrador brotó de su garganta al ver lo que había colgado de la puerta de su apartamento.

Los ojos ensombrecidos y excitados de Dick Blake, contemplaron en silencio el horrible espectáculo que significaba aquel pobre gatito vulgar, a manchas marrón y blancas, colgado de uno de los números en relieve que rotulaban la puerta, mediante un alambre minuciosamente enganchado al mismo.

Un gato que había sido brutalmente degollado, y cuya sangre formaba un charco en la moqueta del corredor, tras correr copiosamente por la hoja de madera, desde la cabecita convulsa y crispada del infortunado felino.

CAPITULO III

—Era un gato propiedad del conserje de la finca —explicó cansadamente el teniente Wayne—. El que lo mató lo hizo brutalmente, con sadismo, haciendo sufrir al pobre animal lo indecible- Personas así deberían ser encerradas de por vida en un manicomio, para que no dañaran a nadie.

—Me llevé un buen susto al llegar ante la puerta y ver semejante espectáculo, teniente

—confesó el visitante todavía impresionado—, Pero luego pensé que sería una broma macabra dé mi amigo Blake...

—¿Por qué pensó tal cosa? —se interesó vivamente el policía, escudriñando a su interrogado—. ¿Le cree capaz de matar así a un inocente gato?

—¿A Blake? Oh, no, eso no —rechazó el otro—. Pero sí de tomar a un animal muerto en algún accidente, y ponerlo allí para dar un susto a quien viniese. En las fiestas que da a amigos y colegas, acostumbra a ser muy bromista, pero siempre en tono macabro, para estar acorde con sus novelas...

—De modo que el señor Blake es un bromista de tipo macabro.

—Así es —confirmó el interrogado—. Todos le conocemos ya en ese sentido. Un día, en un cóctel, encerró en un armario un cadáver humano auténtico. Era un cuerpo que un amigo suyo, médico, le había prestado de la Morgue, para esa bromita. Lo encerró en aquel armario, y nos envió a algunos de nosotros con no sé qué pretexto a buscar algo en él. Imagine la escena, teniente. Pero en el fondo fue muy divertido.

—Para mí no tiene ninguna gracia —objetó secamente el policía—. Dígame, ¿cuál es su profesión, señor Murray?

—Soy dibujante en la editorial donde edita Blake sus obras. He diseñado las portadas de sus dos últimos éxitos. La de *El asesino imposible* ha tenido un gran éxito comercial y publicitario.

—Ralph Murray, dibujante -anotó el policía en su agenda.

—Y pintor también —añadió su interlocutor vivamente—. Pienso inaugurar una exposición en Manhattan, dentro de un par de meses, si todo va bien. Pero la pintura es sólo afición aún. El dibujo de

ilustración de libros es mi oficio real.

—¿Por qué cree usted que alguien gastó la bromita de matar a un pobre gato y colgarlo luego de la puerta de los Blake? —insistió Wayne.

El hombre joven, pelirrojo e inquieto que tenía ante sí, se rascó una mejilla salpicada de pecas, y respondió, pensativo:

—No sé. Después de enterarme de lo que le ha sucedido a Pat, imagino que formará parte de la campaña de ese loco para aterrorizar a la mujer de Dick Blake...

—Sí, eso es lo que parece. Pero resulta raro que ni la señora Blake ni su marido advirtieran nada cuando el autor de la broma colgó al animal de la puerta...

—Supongo que lo haría con toda cautela, ¿no?

—Aun así, tuvo que hacer ruido. Hay arañazos del alambre en la puerta. Y no podía llevar mucho tiempo colgado allí, porque otros vecinos lo hubieran visto, dando la alarma.

Por tanto, calculo que no hacía ni diez minutos que ese gato fue colgado de la entrada, cuando ya había muerto, aunque seguía sangrando.

—¿Y bien, teniente?

—Sabemos que la señora Blake había estado sola toda la tarde, que su marido acababa de llegar unos minutos antes, al saber lo sucedido hoy en la empresa Luxury, para reunirse con su esposa. Y que usted llamó minutos después, enfrentándose con aquel feo espectáculo. Existen cuatro posibilidades tan sólo, a mi modo de ver.

—¿Tantas? —pestañeó el pelirrojo dibujante—. ¿Cuáles son, teniente?

—Primera: que la propia señora Blake colgara el animal de la puerta. Cosa del todo imposible, porque su marido lo hubiese encontrado al llegar. Y porque ella es la persona amenazada, en todo este galimatías. Por tanto, posibilidad descartada. Quedan sólo tres.

—¿Y son...?

—Que sea el señor Blake el autor de la... «bromita». Que sea un vecino cualquiera, o alguien que entró y salió de la casa sin ser advertido. O

que fuese *usted*.

—¿Yo? —el respingo que pegó Murray resultó casi cómico—, Pero..., ¡pero si cuando llegué allí ya estaba el gato colgado de la puerta, teniente!

—Y yo le creo. Pero sólo es su palabra de que fue así la que tenemos. Pudo ser usted mismo quien colgó al animal y luego llamó. Ellos, hablando del tema que les preocupaba, ni se dieron cuenta de los roces en la puerta. Eso lo explicaría todo.

—Pero, teniente, juro que yo no...

—Sólo le exponía una de las posibilidades —sonrió débilmente el policía—. También pudo haber sido el señor Blake, porque sabemos que, antes de llegar él a casa, la señora Blake se estuvo duchando para relajar sus nervios exaltados. El ruido de la ducha impediría oír cualquier otro ruido leve en la entrada.

—Yo no creo que fuese Dick. Tuvo que ser un extraño, un intruso...

—¿Y nadie le vio entrar? Usted mismo ha confesado que le abrió el conserje porque le conoce... Pero no abriría a un desconocido, porque tiene instrucciones más en ese sentido. Además, mi gente apostada en la calle no vio entrar a ningún sospechoso en el edificio.

—No sé, será alguien de la propia casa... Es una posibilidad, ¿no?

—Sí, por supuesto. Es una posibilidad. Apartamentos de gran lujo, carísimos y destinados a unos cuantos privilegiados que pueden habitarlos. Si es alguien de esa casa, ha de ser alguien de buena posición, acaso amigo de los Blake... ¿Sabe de alguien que reúna esas características, señor Murray?

—Claro —apuntó vivamente el dibujante—. Al menos, dos personas.

—Déme sus nombres, por favor. Y dígame lo que sabe de ellas.

—Una es Rhonda Vincent, vecina de los Blake. Una mujer joven, hermosa y llamativa, que gana mucho dinero como modelo de portadas y de *spots* de publicidad para televisión. Se la conoce como «la chica de los muslos bonitos», o como «la sonrisa de la TV».

Pero todo lo demás que exhibe podría ser igualmente ponderado. Es un bombón.

—¿Amiga de Patricia Blake?

—Sí, exacto. Creo que posó para varios modelos suyos en Luxury.

—¿Amiga del señor Blake también?

—Desde luego —sonrió Murray—. Pat no es nada celosa. Sabe que ella también es muy atractiva, y que Dick la adora. No siente celos en absoluto por la amistad de Dick con Rhonda Vincent.

—Pues yo que ella no me fiaría tanto, si la modelo vale lo que usted dice... Mencionó dos personas. ¿Quién es la otra?

—Un hombre: Douglas Meeker.

—¿Oficio?

—Ninguno. Es millonario, como Pat. Tiene un yate fantástico, una finca fuera de Nueva York, una residencia en Florida... Pero le encanta vivir en el corazón mismo de Nueva York, en pleno Manhattan. Es un tipo presuntuoso, arrogante, le gusta el deporte, es bastante caprichoso y adora a las mujeres.

—¿Adora también a Patricia Blake?

—También —rió Murray—. Y ella lo sabe. Pero no le hace caso.

—¿Qué edad tiene ese hombre, aproximadamente?

—Entre cuarenta y cuarenta y cinco años. Pero aparenta menos. Practica mucho deporte, ya le dije. Especialmente pesca submarina y tenis.

—¿Soltero?

—Viudo. Su mujer murió en un accidente en alta mar, un naufragio. Nunca se halló su cadáver. Pero de eso hace más de diez años. Oficialmente se la dio por muerta ya.

—¿Qué apartamento ocupa?

—Uno debajo del de los Blake.

—¿Y Rhonda Vincent?

—Justo enfrente de ellos, al otro lado del corredor de la planta doce.

—Vaya, qué casual —comentó entre dientes Wayne, anotando todos los datos—. Pudo salir, colgar el gato y ocultarse, en menos de dos minutos, contando con el tiempo que le costó sujetar el alambre...

—¿Ella? Cielos, no la veo matando a un gato ni colgándole de la puerta. Ella tiene un par de animales en su apartamento: un hámster y un perrito chihuahua; ya sabe, de esos tan pequeñitos...

—Sí, ya sé —manifestó secamente Wayne—. Pero no tiene gatos.

—No, gatos no. Sin embargo, no pudo ser ella...

—Veremos —suspiró Wayne, cerrando la agenda—, Gracias por todo, señor Murray.

Puede irse. Le llamaré si le necesito en alguna otra ocasión... Aunque me gustaría que todo terminase aquí. No me gusta el cariz que está tomando este caso. No, no me gusta nada...

El pelirrojo dibujante le miró, con gesto intrigado, al ponerse en pie.

—¿Por qué dice eso, teniente? —se interesó, arrugando el ceño.

—Porque las cosas siguen un cauce poco tranquilizador. Primero han sido las llamadas, la voz susurrante al teléfono... Luego esa carta con recortes de prensa... y por último, un gato degollado... Algo me dice que la próxima vez puede haber algo más que todo eso...

—¿Algo más? —se sobresaltó Murray—. ¿Qué, teniente?

El policía de Homicidios le miró fijamente, con ojos ensombrecidos. Su respuesta no tuvo nada de optimista:

—Un asesinato, señor Murray. Un asesinato...

* * *

Richard Blake forzó una sonrisa, ante la mesa donde se apilaban bien visibles los ejemplares de su última novela. El fotógrafo tiró las tres últimas poses, le dio las gracias y se ausentó.

Blake se relajó, movió la cabeza y lanzó un suspiro, antes de hablar al hombre que permanecía con él en el despacho de la empresa editorial Lennox Publishing Co., sita en el corazón mismo de Manhattan.

—Perdone si estoy algo ausente de todo esto —murmuró—. No puedo evitarlo, Jason.

—Te comprendo muy bien, Dick —aceptó Jason Lennox, principal editor y presidente del Consejo de Administración de la firma, moviendo afirmativa la cabeza—. Yo en tu lugar me sentiría mucho peor, la verdad. Si quieres, dejamos para otro día esa presentación oficial del libro y...

—No, no —rechazó Blake vivamente—. Los críticos literarios de Nueva York son muy susceptibles. Si les damos plantón esta noche, serían capaces de poner verde el libro en su crónica. No podemos correr ese riesgo, ¿verdad?

—Tú siempre tienes un momento para bromear —se admiró Lennox, frotándose la mandíbula con gesto pensativo. Moviéndose hacia el ventanal asomado a la Calle Cuarenta y Dos, y añadió suavemente—: ¿Cómo está Pat con todo esto?

—Relativamente bien. Tiene una gran serenidad. Pero es humana. Y es mujer. No le está haciendo ningún bien, eso es obvio.

—Mala cosa es que uno de tus posibles trucos novelescos se presente en la vida real,

¿no es cierto? Las cosas no son lo mismo imaginadas en unas páginas de papel que vividas en esta forma, ¿verdad?

—Por supuesto. Y si al menos todo quedara ahí...

—¿Qué quieres decir?

—No sé. Me preocupa. Llamadas, una carta, un gato muerto... Es un plan siniestro que conduce, de momento, a aterrorizarla. Pero puede encerrar algo peor, Lennox.

—¿Asesinato?

Es muy posible.

—¿No dice la policía que se trata de un chiflado?

—Me asustan los locos, la verdad. Son capaces de todo. El que hace eso a un gato, no vacilaría en repetirlo con un ser humano.

—¿Por qué no os vais Pat y tú por un tiempo, dejando el país para tomaros unas vacaciones lejos de todo este clima?

—Porque eso no resolvería nada, salvo aplazar el momento de encararse con la cruda realidad, a menos que la policía hubiera

resuelto ya el caso satisfactoriamente, cosa que no me parece tan sencilla ni mucho menos. Considero más sensato esperar aquí lo que sea, confiando en que ese maldito maníaco sea identificado y capturado.

—Ojalá sea así. Era solamente una sugerencia, Dick. A fin de cuentas, comercialmente no me interesa que te ausentes, ahora que estamos en plena campaña de lanzamiento. Lo triste es que lo que sucede en tu casa está sirviendo de triste y gratuita publicidad a tu libro.

—¿Qué quieres decir? —se extrañó Blake.

—Mira, lee esto —suspiró el editor, buscando en un cajón. Le tendió un ejemplar de cierto diario neoyorquino de lamentable fama a causa de su sensacionalismo gratuito.

Blake contempló los gruesos caracteres que formaban su escandaloso titular de primera plana:

FAMOSO ESCRITOR DE OBRAS POLICIACAS VIVE SU PROPIO
MISTERIO EN LA VIDA REAL. ¿QUIEN AMENAZA CON ASESINAR A
SU ESPOSA? RICHARD BLAKE NO SABE

RESOLVER ESE ENIGMA AUTENTICO QUE SE LE PRESENTA. ¿O HA
SIDO EL SU

AUTOR?

—Miserables ratas... —se enfureció, estrujando el diario—. Les haré tragar esta basura.

Lo único que no tolero es que mezclen mi trabajo con mi vida íntima, y menos haciendo sugerencias tan viles y deleznales.

—Cálmate, Dick —le contuvo Lennox, sujetándole con una de sus rudas manos sobre el brazo—. Todos saben la clase de gente que escribe bazofia en ese periodicucho. Personalmente, aunque beneficie la venta del libro, me da tantas náuseas como a ti mismo.

Nadie va a creerse que lo que está ocurriéndole a ti y a Pat sea un truco publicitario, te lo aseguro.

—¿De veras no lo es? —preguntó una voz áspera y no demasiado segura, a espaldas de ambos hombres.

Dick y Lennox se volvieron con sobresalto. Había motivo para ello. Se

encararon con un hombre de gafas montadas en una nariz halconada, cabello rizado y gris, y gesto agrio.

Era evidente que estaba ebrio. Se movía tambaleante, con piernas inseguras, la expresión de los ojos era turbia, y tenía un leve hipo entre frase y frase, como pudieron comprobar de inmediato.

Pero lo peor no era eso. El hombre empuñaba una pistola automática, una Smith & Wesson calibre 38, que temblaba excesivamente en su mano.

—¡King! —exclamó entre asombrado e inquieto el editor Jason Lennox —, ¿Qué significa esto y cómo ha entrado hasta aquí?

—¿Olvida que durante mucho tiempo ésta fue como mi casa y conozco todos los accesos, incluso los destinados a los servicios? No fue difícil penetrar por los almacenes y subir en el montacargas, hasta el ala de carga y descarga. De allí a aquí no hay mucho trecho y, después de todo, soy hartamente conocido aquí y nadie se extrañó de mi presencia, a pesar de los últimos acontecimientos, señor Lennox —soltó una risita, salpicada por su hipo espasmódico, y el arma bailoteó en sus dedos peligrosamente—. Veo que les sorprende mucho mi presencia, ¿verdad?

—Me sorprende y me indigna, King —replicó el editor airadamente, aunque procurando mantenerse a igual distancia del incómodo visitante—. ¿Cómo se atreve a amenazarnos con una pistola? Llamaré a la policía y le costará la cárcel, maldito necio.

—No avisaré a nadie, señor Lennox. Podría apretar el gatillo y eso no iba a gustarle.

—Está usted borracho, King. En estado normal no haría esta locura...

—¡Quieto o disparo! —rugió el antiguo escritor de la editorial. Lennox se paró en seco.

Después, Norman King miró aviesamente a Blake, que no había hecho la menor intención de hablarle o de encararse a él en forma alguna—. Vaya, si está aquí mi célebre y prestigioso colega...

—Hola, King —saludó fríamente Dick Blake—, Creo que debería soltar ese arma para

que charláramos amistosamente...

—¡Cállese, sucio bastardo! —se enfureció King, soltando un eructo—. ¡Ya me ha hecho bastante daño toda su vida para que venga ahora con buenas palabras y gestos amistosos!

—Es usted mismo quien se hizo todo el daño, King. Era un buen autor, hasta que la bebida y una existencia disipada le estropearon la inspiración y la calidad. Pero aún puede volver a serlo, y lo sabe. Siempre que deje de ir de barra en barra, llenándose de alcohol y de droga.

—¡Al diablo con sus consejos de hipócrita! —refunfuñó King malhumorado—. He venido a matarle a usted, Blake.

—¿Se ha vuelto loco, King? —protestó Lennox horrorizado—, ¿Qué es lo que dice?

—Lo que pienso cumplir. Matarle, Blake. Matarle por su comportamiento miserable.

—¿Cree que eso le convertirá de nuevo en un buen autor y resolverá todos sus problemas de fracasado? —sonrió tristemente Dick.

—No es por rencor por lo que quiero agujerearle su sucio pellejo, Blake —tartajeó el escritor—. Es por su miserable truco para vender, sacrificando incluso a esa hermosa mujer que tiene por esposa, y que no merece ser juguete de sus sucias maniobras publicitarias. Yo... yo estaba enamorado de esa mujer, de Patricia Fleming, como se llamaba de soltera, cuando aún no era su esposa, Blake. Y usted se casó con ella. Lógico.

Es guapo, joven, alto, y estaba triunfando ya. Yo, en cambio, no soy nada atractivo y estaba en la rampa de mi fracaso... ¡Me quitó la mujer amada y, no contento con eso, me dejó también sin trabajo, sin éxito!

—No sabía eso, King, y lo siento. Pero no es motivo para que me tenga tanto odio. La vida es así siempre. Unas veces se gana y otras se pierde.

—Yo pierdo siempre, Blake. Soy de esa clase. Pero no toleraré que juegue con la vida y la salud mental de su esposa. ¡No permitiré que la utilice como medio de propaganda para vender, haciéndola protagonista de un triste suceso inventado por usted mismo!

—¿Va a disparar ahora sobre mí por eso?

—¡Sí!

—Le doy mi palabra de que está equivocado. Soy el primero en sufrir esta situación. Las amenazas contra mi esposa son reales, no fingidas.

—No creo en su palabra. No tiene honor. Miente usted, Blake.

—Ya basta, King —se impacientó Lennox—. Avisaré a la policía.

—No hará nada, o le mataré también a usted —silabeó King, crispado, cubriendo a ambos con el arma, cada vez con mayor excitación, lo cual le convertía en una persona infinitamente más peligrosa—. Quietos los dos.

—No, King —rechazó fríamente Blake—. Voy a ir a usted y le quitaré el arma. No va a disparar. Usted no es un asesino, sino un pobre enfermo y nada más.

—¡Ni lo intente, o le va a pesar! —chilló King, frenético.

—Me pesará igual, según usted, puesto que ha venido a matarme —sonrió Blake—. De modo que no tengo nada que perder. Voy a por usted, King. Y no va a disparar.

—¡No se mueva!

Pero Dick Blake, ante el horror del editor Lennox, estaba ya avanzando hacia su colega y rival, tranquilamente. El editor miró con ojos fascinados el gatillo del arma, donde tem-

blaba amenazadoramente el dedo índice del ebrio escritor. Blake llegó hasta él, sin que el arma se disparase.

Y tranquilamente, se la quitó de entre los dedos.

Norman King se quedó quieto, mirándole alelado. Luego rompió a llorar amargamente, dejándose caer en una silla. Lennox fue al teléfono, tras un profundo suspiro de alivio.

—No debió hacerlo, King —le reprochó suavemente Blake—, Si ahora le denunciáramos a la policía, sería encarcelado por intento de asesinato y asalto a mano armada. Lennox, no avises de esto a nadie, por favor.

—Pero Dick, intentó matarte... Quizás hubiera matado a los dos —protestó el editor, confuso, con el teléfono en la mano.

—Pero no lo hizo. Se limitó a amenazar. Está bebido y amargado. Eso es todo. Y pensó algo que no era. Pobre diablo. Si le encarcelan, puede ser su final definitivo. Deja que se vaya, Lennox. Es un ruego personal.

Vaciló el editor. Luego contempló a King con cierta lástima.

—Está bien. Ya ha oído, King. Se lo debe al hombre que tanto odia. Puede irse. Pero no intente nada parecido jamás. No sería tan generoso como ahora.

Norman King, en silencio, se incorporó, dirigió una mirada de perro apaleado a los dos hombres, y abandonó la oficina. La puerta vidriera se cerró suavemente tras de él.

—Eres demasiado buena persona —juzgó con disgusto el editor—. Hombres así pueden causarte mucho daño. King no sólo está fracasado y hundido en la bebida. Puede estar medio loco. ¿Quién te dice que, pese a cuanto afirmé aquí, no es el autor de esos anónimos? Hay tipos así que sufren de esquizofrenia. Ya sabes, doble personalidad...

—Puede ser así, pero no lo creo. De todos modos, el que está asustando a Pat no es una persona normal, no me cabe duda —depositó el arma de King cuidadosamente sobre la mesa del editor y lanzó un suspiro—. Te dejo ahora. Debo hacer unas cuantas cosas antes de esa presentación de esta noche. Entre ellas, llamar a mi mujer y ver si se decide a venir a la conferencia o prefiere quedarse en casa. Es algo que aún no había decidido esta mañana.

Agitó una mano hacia Lennox, que contemplaba con aire abstraído la pistola que reposaba en su mesa, y salió del despacho alejándose hacia los ascensores del edificio que ocupaba la Lennox Publishing Co. en el mismo centro de Manhattan.

Le esperaba una sorpresa cuando descendía hacia la planta inferior en uno de los suaves, rápidos y silenciosos ascensores del rascacielos. Se halló cara a cara con una esplendorosa belleza morena, una mujer agresiva y seductora como pocas, de melena azulada, grandes ojos verdes y un rostro ovalado, perfecto, de labios jugosos, nariz recta y arqueadas cejas. Era alta, esbelta, de caderas ondulantes, senos erguidos y vibrantes y largas piernas que su sofisticado vestido color plata y negro realzaban casi fantásticamente.

—¡Cielos, Rhonda! —se sorprendió Blake—. ¿Tú aquí?

—Hola, querido —sonrió ella, inclinándose hacia él y besándole los labios sin rodeos—.

Me alegra verte. Vengo de firmar un contrato con el Departamento de Publicidad de tu empresa editorial. Creo que formará parte del *show* propagandístico de tu última novela, en prensa ilustrada y televisión.

—Perfecto —aprobó Blake—, Venderé más ejemplares que nunca, sobre todo si a ti te

envían a firmar los volúmenes en mi lugar.

—Oh, no seas tonto —rió la hermosa modelo dulcemente—. Eres adorable, Dick... Por cierto, ¿es verdad lo que he oído decir acerca de Pat y de ciertas llamadas...?

—Lo es, por desgracia —suspiró Blake gravemente—. Estamos pasando un mal momento con todo eso

—¿No se sabe nada aún al respecto?

—No, nada. La policía está investigando, pero no hay novedad de ningún tipo.

—Visitaré a Pat en cuanto me sea posible —prometió la modelo, apoyando una mano larga, bien manicurada, en la de Dick Blake, afectuosamente—. Tengo unos días muy agitados con una nueva campaña publicitaria al margen del contrato que acabo de firmar con tu editor. Pero si me es posible, hoy mismo iré a verla.

—Seguro que le gustará —asintió Blake—. Está necesitada de amigos en momentos tan delicados...

—Por fortuna, Pat no es celosa. Otra mujer no me dejaría entrar en casa —rió suavemente ella—. Y menos aún cuando estás tú, Dick.

—Ya conoces bien a Pat. Es demasiado segura de sí misma para sentir celos, la verdad.

Y eso que en tu caso estaría más que justificado... Pero no temas. Puedes ir en cualquier momento. Incluso estando yo, palabra.

—Lo sé —rieron ambos de buen humor. Al llegar al vestíbulo, volvió a besarle tiernamente en la boca—. Adiós, cariño. Te ayudaré a vender cuanto me sea posible.

—Entonces, edición agotada. Seguro.

Y cuando ella se alejó, entre la admiración pública, hacia un lujoso Chevrolet aparcado ante el edificio, agitando su mano en despedida,

iba riéndose de la broma de Blake.

Este, una vez solo en el vestíbulo, ensombreció su gesto y fue rápidamente a las cabinas telefónicas. Marcó en una de ellas el número de casa. Cuando le llegó la voz de Pat, ésta tenía un tono temeroso:

—Señora Blake. ¿Quién llama?

—Soy yo, Pat —la calmó—. Acabo de terminar de despachar con Lennox. Tengo varias cosas que hacer, además de dar esa conferencia por la noche en el Círculo del Club del Crimen. Te llamaba para saber si quieres venir a la conferencia. Te enviaría a recoger con alguien de confianza...

—No sé si iré, Dick. Había quedado en ir a Jersey con tía Agatha. Pero creo que voy a cancelar esa cita por hoy, y si me es posible, iré a escucharte. Pero no te lo aseguro. Me encuentro bastante fatigada y creo que me quedaré trabajando en casa sobre unos diseños que dejé pendientes.

—Como quieras. Te volveré a llamar más tarde. Cuídate. Y recuerda: nada de abrir la puerta a desconocidos, ¿está claro?

—De ese extremo, ni lo dudes. Nadie que yo no conozca pisará esta casa, palabra.

Puedes estar tranquilo, querido.

Más calmado, Dick colgó, dirigiéndose a sus quehaceres profesionales relacionados con el lanzamiento de su última novela. Pero su mente parecía ocupada en otros problemas muy distintos.

Y, ciertamente, no le pasó por alto que un coche le seguía durante el resto de la tarde.

Ni tampoco que ese coche era de la policía.

CAPITULO IV

La conferencia iba a iniciarse.

Previamente, llamó dos veces a casa. No respondió nadie. Era obvio que su mujer había decidido al fin ir a ver a su tía Agatha en New Jersey, o bien estaba en camino para asistir a su charla, aunque no le hubiera avisado.

Pero cuando la conferencia dio comienzo, con la sala totalmente repleta de un público que en su mayoría era femenino, Pat no estaba presente entre los espectadores. Obvia-mente, pensó Blake, se habría decidido por Jersey City. Pero a! menos debía haberle avisado, para su tranquilidad.

La conferencia fue un éxito total. Llovieron felicitaciones a su término. Blake las atendió todas con su mejor sonrisa y llegó a sentir cansada su mano de tanto firmar autógrafos. Finalmente, se excusó al ver lo tarde que era.

—Perdona, Lennox —dijo a su editor, que recibía plácemes, radiante de satisfacción—.

Se me hizo muy tarde. Debo ir a casa a reunirme con Pat. Antes la llamaré de nuevo, por si ha vuelto ya de Jersey City.

—Está bien, Dick. Buenas noches. Mis respetos a tu mujer.

Dick se dirigió a los teléfonos del centro cultural donde había desarrollado su conferencia. Marcó el número de casa. Esta vez, se pusieron de inmediato. Pero la voz que le respondió no era la de Pat. Era varonil:

—¿Sí, quién llama?

Blake tuvo un escalofrío. Pero en seguida creyó comprender.

—Perdone, debe haber un error. Llamo a otro número, a la señora Blake...

—No cuelgue —dijo la voz—. Esta es la casa de los Blake. ¿Quién es usted?

—Richard Blake —dijo él, con voz tensa—. ¿Y usted quién es? ¿Qué sucede?

Otra voz le respondió ahora. Esta sí le fue conocida:

—¿Es usted, Blake? —habló.

—Sí. ¿El teniente Wayne?

—El mismo. ¿Va a venir hacia acá pronto?

—Ahora mismo. ¿Qué hace usted ahí? ¿Y mi mujer?

—Será mejor que venga cuanto antes. Entonces le explicaré.

—¡No, no! ¡Exijo una respuesta! —insistió Blake, enérgico—. ¡Ahora, teniente! Por el amor de Dios, ¿qué sucede?

Hubo un silencio que parecía casi infinito al otro lado del hilo.

Luego, la voz del policía sonó como una sentencia inapelable y atroz:

—Lo siento, Blake. Su esposa... ha sido asesinada.

* * *

Los coches patrulla de la policía formaban cordón en torno al edificio, con sus rojas luces parpadeando en la noche. Agentes uniformados mantenían a unos pocos curiosos,

no muchos, apartados del acceso al mismo.

Richard Blake fue conducido por dos de esos agentes, en cuanto se identificó, hasta el *hall* del edificio, donde el conserje hablaba con aspecto abatido con uno de los policías de la División de Homicidios, vestido de paisano. Apenas vislumbró a Blake, trató de justificarse:

—Yo, señor Blake, no tengo culpa alguna. Ninguna persona ajena a la casa ha salido ni entrado de ella durante mi servicio, puede jurarlo...

—Está bien, gracias —le respondió Blake de pasada, con voz ronca—. Le creo.

Subió al ascensor, siempre acompañado por un agente, hasta que se detuvo en el piso doce y salió al corredor. Allí la expectación era aún mayor que en la calle. Varias puertas estaban abiertas, y la gente se agrupaba, excitada, cambiando opiniones.

La puerta de su apartamento estaba sólo entornada, y vigilada por otros dos agentes de uniforme. Cruzó el vestíbulo con rostro ensombrecido y larga zancada. Se cruzó con rostros conocidos. El bronceado y saludable de Douglas Meeker, el millonario deportista, que le dirigió una mirada compasiva y cordial, apretando su hombro al tenerle cerca.

—Blake, amigo mío, cuanto necesite de mí, no dude en pedírmelo. Soy su vecino y estoy a su disposición para todo.

—Gracias, Meeker —sonrió pálidamente el escritor, deteniéndose un momento y fijando sus ojos opacos en el millonario—. Por desgracia,

nadie puede hacer nada por mí ahora. Y menos aún por ella...

Miró dolorosamente a la puerta del 1.232, donde aún eran visibles los rasguños producidos por un alambre del que colgara un gato ensangrentado no mucho tiempo atrás. Blake se estremeció al ver esos arañazos de siniestro significado sobre la pulimentada madera de la puerta. Pero se limitó a seguir adelante, seguido por la mirada entristecida de Meeker. El agente, respetuoso, le abrió paso.

Blake entró en su vivienda. Sintió un calambre penoso recorriendo glacial por todo lo largo de su columna, hasta hormiguesear fríamente en la nuca. Casi se le erizaron los cabellos.

Pudo verla. Allí estaba. Al fondo. No lejos de la puerta. No es que el cuerpo o el rostro estuviesen visibles. Una sábana cubría su forma, pero se podía intuir todo lo demás bajo aquella blanca tela, ante la cual permanecían erguidos el teniente Wayne y otros hombres de Homicidios, entre ellos un fotógrafo y un experto en huellas dactilares. Estaban todas las luces encendidas. Con cierta sorpresa, Blake descubrió la figura sugestiva y espectacular de Rhonda Vincent, la modelo, moviéndose entre los agentes sin su habitual sofisticación. Captó en su rostro un tono de palidez, y en sus ojos grandes y verdes, de rasgado trazo, una humedad triste.

—Oh, Dick, cariño —murmuró con rapidez al verle entrar, yendo a su encuentro y poniéndole los brazos alrededor del cuello—. ¿Qué puedo decirte ahora que te sirva de algún consuelo?

—Nada, me temo —susurró Blake amargamente— ¿Por qué has entrado, Rhonda?

—El teniente me lo permitió al pedírselo yo.

—¿La..., la has visto?

—Sí —los ojos pestañearon con un temblor de párpados. Blake notó que las manos de ella apretaban con más fuerza sus hombros—. Un momento apenas. Fue suficiente.

—Lo imagino. ¿Cómo está ella?

Rhonda no respondió. Se limitó a mirarle penosamente. Le soltó, bajando la cabeza.

Blake notó que su seno arrogante subía y bajaba a causa de una respiración agitada.

—No es agradable —gimió—. Nada agradable.

Dick sintió una cierta inquietud aún mayor. Clavó sus ojos en el bulto tendido bajo la sábana. Avanzó hacia él.

—Deseo verla, teniente —susurró.

—Sí, lo entiendo —afirmó Wayne—. Esté preparado, Blake.

—¿Tan malo es? Me considero un hombre relativamente valiente.

—No es eso. Usted aún no sabe cómo murió ella...

Su sensación de incomodidad y angustia creció. Buscó en el rostro del policía una respuesta que no encontró. La faz de Wayne era sólo una máscara grave y meditabunda.

—¿Cómo, teniente? —quiso saber.

—De un disparo. Un disparo a quemarropa contra el rostro. Pero no con un arma de fuego normal. Dispararon con una escopeta de cañones recortados, sin duda. Y la alcanza-ron de lleno. Ya puede imaginar el resto, amigo mío.

Blake se estremeció. Horrorizado, se inclinó. Un agente alzó un poco la sábana. El escritor sintió un profundo espanto, mezclado con una sensación de náusea y dolor.

Retrocedió aterrado.

—Dios mío... —musitó—. Dios mío, no...

La sábana cayó rápida otra vez sobre aquel cuerpo semidesnudo, envuelto en una bata que él conocía bien, de seda roja y oro. Bajo el cabello rubio, el rostro era sólo un espantoso amasijo sanguinolento, imposible de reconocer. Evidentemente, la descarga de dos cañones con cartuchos de caza contra una faz de mujer, a escasa distancia, era un modo brutal de matar. Y no sólo de matar, sino de destruir la mayor belleza imaginable.

—Se lo advertí —dijo sombríamente el teniente Wayne—. Ha sido un crimen miserable.

La obra de un loco, sin duda. Pero ella no debió sufrir nada. La muerte fue instantánea, no hay duda sobre eso.

—¿Cuándo..., cuándo ocurrió? —pudo articular al fin Blake, dejándose

caer en un asiento, mientras Rhonda ponía una mano suave en su hombro.

—Según el forense, entre seis y ocho de esta tarde. Había oscurecido ya, aunque no había ni una sola luz encendida en el apartamento. Tal como va vestida, y por ciertos detalles en el cuarto de aseo, imaginamos que fue sorprendida duchándose. Alguien llamó a la puerta y fue a abrir. No sé quién sería, pero ella abrió. Y cayó ahí mismo, lanzada atrás por la descarga a bocajarro. El asesino huyó luego, dejando la puerta abierta y el cuerpo tendido entre recibidor y *living*, sin más.

—Y, por supuesto, no lo han encontrado —dijo sombríamente Blake, alzando la cabeza demudado.

—¿Al asesino? No, no lo hemos encontrado —confesó el teniente.

—¿No tenía vigilada esta casa?

—Así es. Pero he sabido, demasiado tarde, que se puede entrar y salir de ella sin necesidad de utilizar la puerta principal, ni tan siquiera la de servicio. Pudo hacerlo por el parking subterráneo, o a través de las azoteas. Desde este edificio, resulta relativamente fácil saltar al vecino, si se es medianamente ágil. Y desde ese otro edificio al de más allá.

En tal caso, ¿cómo vigilar toda la manzana, a menos que esté bloqueada la zona y se detenga a todo el mundo?

—¿Nadie oyó la detonación?

—Fue muy potente, sin duda. En esta planta no había nadie a esa hora. Algunos dicen haber oído algo así como un estampido que no supieron a qué atribuir. Hay tantos ruidos raros en las calles... Casi nadie recuerda la hora exacta, pero pudo ser entre seis y media y siete.

Siguió un profundo silencio. Los expertos iban terminando su tarea y abandonando el apartamento Rhonda permanecía sentada junto a Blake, cruzadas sus bellas piernas, que el teniente miró de soslayo un par de veces con clara admiración, aunque se guardó mucho de hacer el menor comentario. Por la terraza abierta, llegaban los ruidos callejeros y era visible una panorámica deslumbrante del Manhattan nocturno, cuajado de luces.

—¿Quién podía desear la muerte de Pat? —suspiró Rhonda,

rompiendo el silencio.

El teniente la miró con rapidez. Luego escudriñó al abatido Blake. Se encogió de hombros, con aire abstraído.

—Esas cosas nunca se saben, señorita Vincent —declaró—. Los motivos para el crimen pueden ser muchos: interés económico, egoísmo, odio, celos, pasiones... También un desequilibrio mental. Hay quien mata sin tener siquiera un motivo.

—¿Pudo ser ese hombre... el que susurraba amenazas por teléfono? —sugirió ella.

—Creo que fue él, sí —asintió Wayne sordamente, paseando por la estancia—. A veces, esa clase de tipos son totalmente inofensivos y se limitan a molestar y atemorizar a sus víctimas. Pero en esta ocasión no fue así, desgraciadamente. El anónimo comunicante tenía intención de matar. Y lo consiguió.

—Pat me había dicho que esta tarde iría a ver a su tía Agatha a Jersey —manifestó lentamente Blake—, O en caso contrario, ida al club a escuchar mi conferencia. ¿Por qué no lo hizo, Dios mío, por qué? ¿Qué hacía aquí sola, a merced de un asesino?

—Eso nunca lo sabremos, Blake. Lo cierto es que ocurrió así, y eso ya no tiene remedio.

La pregunta que voy a hacerle le parecerá ahora monstruosa, pero estoy obligado a ello, porque ya se la hice antes a la propia señorita Vincent y al señor Meeker, su vecino de abajo. ¿Dónde estaba usted hoy entre seis y ocho de la tarde, Blake?

El escritor alzó la cabeza, indignado. Pero se contuvo. Estaba muy pálido. Incluso llegó a sonreír fríamente, aunque sus grises ojos permanecieron helados, fijos en el policía.

—Comprendo. La coartada, ¿no? —dijo entre dientes.

—Es usted el marido. Heredará una fortuna ahora. Es justo que sepa sus movimientos, por mucho que eso le irrite.

—A las siete en punto era la conferencia en el club, teniente —habló él con serenidad—. Estaba allí diez minutos antes. Mi editor y un puñado de personas confirmarán eso. La conferencia empezó a las siete y once minutos, para ser exactos, a causa de la aglomeración de asistentes que demoró su inicio. A las ocho y cuarto terminó.

—Muy bien. Sólo queda por resolver entre seis y seis cincuenta minutos. ¿Sabe dónde pasó ese tiempo?

—Hice algunas gestiones relacionadas con el lanzamiento del libro. Visité a mi agente literario Michael Ryan, alrededor de las seis. Estuve unos minutos con él, y después fui a ver a Cheryl Scott, una joven actriz de cine y televisión que va a ser la protagonista de la

adaptación cinematográfica de mi novela *La asesina*, en el próximo mes, para entregarle una copia del guión corregida por mí mismo. Fue en el teatro donde trabaja. Todo ello, teniendo en cuenta, queda lo bastante alejado de esta zona como para necesitar más de veinte minutos en llegar aquí, y otros tantos en volver, a menos que utilice un helicóptero, de modo que resultaría muy difícil que hubiera hecho todas esas cosas en dos horas, y además hubiera venido aquí a matar a mi esposa. ¿Aclaradas sus dudas?

—Eso parece —suspiró Wayne—. Perdona, Blake. Tenía que hacerle la pregunta.

También tendré que comprobarlo todo. Nuestra rutina, a veces, es muy penosa para los demás, lo comprendo bien.

—Yo diría que es miserable —juzgó duramente el escritor.

El policía no respondió, limitándose a hacer rápidas anotaciones en su agenda. Blake permaneció con la cabeza inclinada, las manos entrelazadas, los ojos fijos en el bulto inmóvil del suelo, siluetado en la sábana que piadosamente lo cubría.

Se soltó de la mano de Rhonda y se puso en pie. Ella le siguió con mirada preocupada.

Blake se acercó al cuerpo. Wayne pareció a punto de impedirselo, pero optó por permanecer quieto.

El joven escritor puso una rodilla en el suelo. Alzó de nuevo la sábana. Miró aquel espantoso amasijo que había sido una faz humana, bajo los cabellos rubios, pegados y amazotados por la sangre dispersa. Bajó la mirada hacia el cuerpo, deslizando algo más abajo la sábana.

Contempló el descote terso, pálido. La bata se había abierto en parte. Mostraba un seno casi desnudo, parte del estómago y uno de los muslos. Blake arrugó el ceño contemplando aquella figura de mujer.

Se irguió de pronto. Parecía haber recibido un mazazo.

—Teniente —dijo con voz ronca—. Esa mujer... *no es Pat, mi esposa.*

Y tiró violentamente de la sábana, descubriendo todo el cuerpo. Wayne, los agentes de Homicidios y Rhonda Vincent le miraron con estupor, imaginando que se había vuelto loco.

Desde la puerta, una voz sorprendida de mujer habló en ese momento:

—¡Querido! Pero ¿qué es lo que sucede en mi casa?

Todos se volvieron, con una mezcla de horror y estupefacción. En compañía de una dulce y menuda dama de cabello canoso, aparecía llena de vida Patricia Blake, mirando todo con ojos atónitos.

Antes de que nadie pudiera evitarlo, sus ojos se fijaron en el cadáver tendido en medio del apartamento. Sobre todo, en su rostro.

Pat lanzó un terrible alarido, retrocedió dos pasos, tambaleante, y se desplomó como fulminado.

CAPITULO V

El doctor Randall salió de la estancia con gesto grave, portando su maletín. Se detuvo un instante para hablar con quienes aguardaban fuera.

—No deben preocuparse por ella —explicó—. Ha sufrido un fuerte *shock* del que deberá reponerse con calma. Le he administrado un sedante, y su tía se ocupará de medicarla conforme a lo que le he señalado, para días sucesivos, siempre que no haya alguna alteración especial en ella. De todos modos, yo seguiré pasando a verla cada día, para estar más seguro de que todo marcha bien.

—¿No está consciente ahora? —se interesó Blake.

—No, ahora no, señor Blake —negó el médico—. Debe dejarla que descanse tranquila.

Podrá hablar con ella cuando el sedante deje de hacer su efecto, pero no la fatigue demasiado ni le dé explicaciones desagradables de nada, aunque ella se las pida, ¿comprende?

—Por supuesto, doctor. Así lo haré —aseguró Dick gravemente.

El médico saludó con la cabeza a todos, y se ausentó. Momentos más tarde, la mujer de edad avanzada, cabello blanco y aire apacible, salía del dormitorio, cerrando suavemente la puerta tras de sí. Sus ojillos

claros se fijaron en Blake con afecto y simpatía. Fue hacia él y puso una mano rugosa y blanca en su brazo.

—Hola, Dick, querido —le saludó con tono suave.

—Hola, tía Agatha. ¿Está bien Pat?

—Todo lo bien que puede estar después de algo así —miró evasiva al bulto que permanecía en la sala, cubierto de nuevo por la sábana— ¿Aún permanece ahí?

—La ambulancia se lo llevará ahora, señora —manifestó prestamente Wayne—, Ya hemos terminado la labor en el piso. Lamento de veras lo sucedido.

—Oh, peor hubiera sido que mi sobrina fuese quien estuviera ahora bajo esa sábana,

¿no? —sonrió la anciana apaciblemente—. Era eso lo que pensaban todos, ¿verdad?

—No se podía pensar otra cosa. Llevaba una de sus batas, abrió la puerta...

—¿Quién es ella?

—Imagino que Doris Miller, la asistente —suspiró Blake—. Ella era rubia, de estatura parecida a Pat... y sin duda le gustaba ponerse la ropa de su señora cuando estaba sola limpiando el piso... Eso es lo que debió ocurrir aquí esta noche. Abrió la puerta, ya oscurecido, sin encender las luces. El asesino vio una silueta de mujer rubia, con la estatura aproximada a la de su víctima, vistiendo una de sus batas... y no dudó. Disparó contra ella sin vacilar, escapando luego. Doris cayó en lugar de Pat. Había olvidado totalmente que esa muchacha venía hoy a hacer limpieza...

—¿Cómo supo que no era su esposa? —se interesó el teniente Wayne.

—No resultó difícil. La primera sospecha fue al ver uno de sus senos. Esa chica los tenía algo más desarrollados que mi esposa. Luego, en el suelo derecho no tenía un lunar que mi mujer si tiene. Evidentemente, no podía ser ella. Fueron la bata y el color de su cabello los que nos engañaron, teniente.

—¿Y dónde estaba entretanto la señora Blake? —indagó el policía, volviéndose a la tía Agatha con amabilidad.

—En mi casa, por supuesto. Fue a Jersey a verme, me contó cuanto sucedía, y luego

decidimos que yo la acompañaría aquí unos días, para que se sintiera más acompañada.

Nunca he tenido miedo a los chiflados que usan el teléfono para amedrentar a mujeres solitarias. Pero eso es otra cosa...

—y señaló el cadáver con cierta aprensión.

—Así es, señora. El que amenaza no se limita esta vez a eso. El piensa ahora que mató a Patricia Blake. Sólo una casualidad ha impedido que fuese así.

—Creí que Pat me llamaría, si decidía ir a verte, tía Agatha —comentó Dick.

—Sí, me lo contó. Trató de llamarte desde mi casa al club donde dabas la charla, pero nadie tomó el teléfono.

—Debía estar todo el mundo en la sala —suspiró Blake—. A! menos, me hubiera ahorrado la impresión y el disgusto...

—Comprobaremos si la víctima es realmente Doris Miller

—habló Wayne, cuando la ambulancia sonaba ya en la calle, cada vez más próxima—.

¿Por qué no se van a vivir durante un tiempo a otro lugar? Nosotros trabajaríamos mejor aquí durante un par de días. Ahora va a quedar ahí la silueta del cadáver con tiza, y no resultará una visión muy agradable para ustedes...

—Creo que tiene razón, teniente. Vamos a irnos a la residencia que tenemos en la carretera de Albany —resolvió Blake—. Llamaré al doctor Randall para que vea a mi mujer allí. No será la primera vez que lo hace. Es nuestro médico de cabecera.

—¿Su esposa ha estado enferma alguna vez? —se interesó el policía trivialmente.

—En ocasiones, a causa de sus nervios. Pero tuvo un eficaz tratamiento, y ahora se encontraba perfectamente. No sé cómo la afectará este horrible suceso...

—Por eso le aconsejé cambiar de residencia por unos días. Será lo

mejor para todos, puede crearme.

—Yo estoy de acuerdo con el teniente —aprobó la tía

Agatha—. Podríamos irnos mañana mismo, ¿no te parece? En cuanto Pat se recupere un poco...

—Sí, así se hará —convino Dick Blake con tono decidido.

* * *

—No hemos tenido mucha suerte estos días, la verdad.

—¿Por qué dices eso?

Pat se volvió, mirando dulcemente a su marido, con la faz aún pálida y los ojos entristecidos.

—Esta lluvia... —señaló al exterior, gris y tristón—. No ha cesado de caer agua desde que nos trasladamos aquí. Yo que esperaba que disfrutases de unos días de sol y buen clima, lejos de la ciudad...

—La lluvia es propia de la estación —sonrió ella—. Y no es tan mala. Me gusta ver llover. Dick.

—Es melancólico.

—Pero me gusta. Relaja mis nervios. ¿Dónde se ha metido tía Agatha?

—En la cocina, como siempre. Dice que va a hacernos un *pudding* especial —rió Blake de buen humor—. Es una viejecita encantadora, Pat.

—Sí, está haciéndome mucho bien tenerla cerca —suspiró la joven—. Siempre habla de mil cosas para distraer mi imaginación y evitar que piense en otras cosas peores.

Dime, Dick, ¿se supo ya quién era... ella?

Blake la miró con aire de reproche.

—Quedamos que no hablaríamos de nada de eso mientras... —comenzó.

—Mientras estuviese yo bajo los efectos del *shock*. Pero eso ya pasó.

—¿Seguro?

—Seguro —asintió ella, decidida—. Prefiero hablar de ello, a pensar todo el día.

Háblame con sinceridad, Dick. ¿Era Doris?

—Sí. El teniente comprobó ya eso. Era Doris Miller. Llevaba tus babuchas y tu bata roja y oro. Se había duchado, usó tu jabón y perfume... e incluso llevaba puesta una pulsera tuya, la de esmeraldas. Sin duda se creía toda una gran señora en cuanto estaba sola en la casa...

—Pobre Doris. Era buena chica. Siempre imaginé que se ponía cosas más, porque nunca estaba nada como yo lo había dejado. Y ahora... ahora está muerta.

—Peor pudo haber sido. Si eres tú quien abre aquella puerta... no quiero ni pensarlo Pat.

La rodeó con su brazo, la atrajo hacia sí y la besó tiernamente en los labios. Ella le devolvió ese beso cálidamente. Por el cristal, corría la lluvia copiosamente, y el pequeño jardín ante la casa se mostraba triste y melancólico bajo el cielo plomizo.

En ese momento, sonó el teléfono. Blake se dispuso a tomarlo. Ella le contuvo.

—Deja. Iré yo. Vanessa quedó en llamarme hoy o mañana para el asunto de los modelos de primavera.

Descolgó Pat, animosa. Habló con tono decidido, casi jovial:

—Hola, Vanessa, Soy Pat. ¿Cómo va todo por ahí?

Una corta pausa hizo el silencio en el teléfono. Luego, la voz que sonó, en nada se parecía a la de su amiga y compañera de trabajo en Luxury:

—Tuvo mucha suerte, señora Blake —susurró aquella odiosa, ronca y siniestra voz, al otro lado del hilo—. Veo que sigue viva...

—¡No! —clamó ella, horrorizada—. ¡Usted otra vez, no!

Rápido, Blake corrió a la cocina y, ante el asombro de la tía Agatha, que sacaba del horno un aromático y apetecible *pudding*, descolgó el supletorio para escuchar. La voz ronca, susurrante, le llegó nítida desde el otro extremo del hilo telefónico:

—Veo que me tiene miedo, señora... Hace bien en temerme. Esta vez fallé. Pero no habrá otro error. La mataré. La mataré, señora Blake, esté segura de ello. Usted será la siguiente víctima. La segunda y última, se lo garantizo...

Emitió una agria risita hueca Blake replicó con voz áspera, incisiva:

—No le tememos, cerdo asesino. ¡Si le cojo entre mis manos seré yo quien acabe con su miserable vida, y...!

Clic. Silencio. Habían colgado.

Furioso, temblándole la mano que empuñaba el supletorio, Blake colgó lentamente. Tía Agatha demandó, con voz algo trémula, acercándose a él:

—Dick, hijo..., ¿otra vez... era él?

—Sí, tía Agatha —manifestó sordamente Dick Blake—, Era ese miserable... ¡Otra vez él!

Corrió al gabinete. Como temía, la llamada había sido fatal para Patricia. Estaba sollozando, con el teléfono aún en sus dedos, rotos sus nervios otra vez.

Colgó, tomándola en sus brazos y tratando de confortarla.

—Calma, calma. Esta vez no conseguirá nada, te lo aseguro. Voy a encontrar a ese canalla donde sea y como sea. No debes asustarte. Eso es lo que él quiere. Goza haciendo sufrir a otras personas.

—Pero ya mató una vez, Dick —gimió ella entre sollozos.

—Lo sé, pero no volverá a hacerlo, diga él lo que diga. Serénate, te lo ruego. No te conviene excitarte ahora, querida...

Tía Agatha acudía ya en auxilio de ella con la medicina recetada por el doctor Randall.

El rostro de Blake era una máscara iracunda. Los ojos le brillaban como carbones.

—¿Oíste su voz? —susurró ella, mientras ingería las tabletas que su tía le administraba casi a viva fuerza.

—Claro que la oí. Era disfrazada, Pat. Igual podría ser un hombre que una mujer, estoy seguro. Habla cierta nota aguda en ella, pese a su

ronquera y el tono susurrante. Si al menos hubiéramos podido grabar esa voz...

El teléfono le interrumpió, sonando de nuevo. El cuerpo de Pat se puso rígido, y dilató sus ojos, fijos en el aparato. Rápido, Blake fue a él en dos zancadas y lo descolgó abrupto.

—¿Quién llama? —preguntó con aspereza, realmente violento.

—No se sulfure, Blake. Soy yo, el teniente Wayne —sonó una voz tranquila.

—Teniente, tengo que informarle de...

—Sé lo que va a decirme —le interrumpió el oficial de policía.

—¿Cómo?

—Tenemos intervenido el teléfono de esa residencia de ustedes, por si acaso. Acabo de ser informado de que recibieron otra llamada. Hemos grabado la voz.

—Menos mal... ¿Cree que podrá ser identificada así?

—No lo sé. Es muy dudoso. Recurriremos a computadoras. Hoy en día se hacen milagros en ese terreno, pero no se puede asegurar nada. Yo diría que el que llamó utilizó algún aparato electrónico para alterar su voz radicalmente. Existen en el mercado, Blake.

—Sí, eso imaginaba. Si ha sido así, ¿dificultará mucho cualquier posible identificación?

—Muchísimo. Las vibraciones fonéticas serán virtualmente deformadas hasta resultar artificiales. Pero esperemos acontecimientos. Estén tranquilos ahí. Vigilamos a su esposa de cerca para evitar cualquier posible intento de agresión. No teman nada.

—Gracias, teniente.

Blake colgó despacio. Se volvió a Pat y le dijo que la policía estaba cerca y nada debía temer. Ella se limitó a sonreír tristemente.

—También estaban cerca cuando mataron a Doris. Y nadie pudo evitarlo... —musitó.

Dick se mordió el labio inferior, pensativo. Era difícil rebatir esa observación. Con Pat entre sus brazos, clavó su mirada en el jardín

bajo la lluvia, preguntándose si en esos momentos, en alguna parte de aquel paraje otoñal, un siniestro asesino que se anunciaba

mediante un susurro ominoso en el teléfono, estaría acechando de nuevo, presto a caer sobre su presa una vez más.

Porque a pesar de sus palabras tranquilizadoras a Pat, a pesar de las promesas firmes del teniente Wayne, sabía tan bien como su propia esposa que ya una vez, el asesino había sido más listo que todos los demás, aunque cometiera un error fatal para otra persona. Y no había nada que permitiera confiar en que una segunda ocasión no le resultara igual mente positiva al misterioso agresor.

«Pensar que yo, autor de tantos enigmas policiales en las páginas de una novela, soy impotente para resolver algo que parece tan sencillo...», se dijo con amargura el escritor, mientras Pat se acurrucaba contra él, como buscando protección contra el peligro mortal que la acechaba desde un lugar desconocido para ellos.

* * *

Pese a todos los temores, transcurrió toda una semana sin que sucediera nada en la finca de la carretera de Albany. La lluvia continuó prácticamente durante todos los días, y Blake no se apartó de su mujer ni una sola vez. Para mayor seguridad, llevaba a todas horas una pistola en su bolsillo, y poseía un rifle en su habitación, preparado para cualquier eventualidad.

El teléfono, sin embargo, permaneció mudo, exceptuando unas llamadas de Vanessa Kirby, del teniente Wayne y de Rhonda Vincent, su hermosa vecina.

La voz de la última llamada no había podido ser identificada. Tal y como sospechara Blake, estaba disfrazada mediante un dispositivo electrónico aplicado a la laringe, que convertía la voz de una persona en una especie de grabación artificiosa. La computadora no había logrado encontrar semejanza entre esa voz y las que Homicidios había grabado de diversos sospechosos, amigos o conocidos todos de los Blake.

Jason Lennox visitó una tarde a los Blake, para informar a Dick de que se habían aplazado varias conferencias de presentación del libro, e incluso un programa de televisión acerca del mismo, para permitir a Blake estar con su esposa aquellos días.

Por otro lado, Cheryl Scott, la actriz, llamó a Dick para informarle de

que a la semana siguiente se iniciaba el rodaje de *La Asesina*. Blake la deseó suerte en su trabajo.

Cuando Rhonda llamó a Blake, para interesarse por ambos, Pat se permitió un comentario algo irónico:

—Rhonda se interesa demasiado por nosotros. Y no creo que sea yo quien más la preocupa. Tengo la impresión de que está enamorada de ti.

—¿De mí? Oh, no digas tonterías —rió Blake de buena gana—. Rhonda es tu amiga, no sólo mía.

—Es solamente una buena vecina —rectificó Pat con cierta frialdad—. Fue ella la que buscó crear una amistad, ¿recuerdas?

—¿Qué te ocurre? ¿Estás celosa acaso? —bromeó Blake, con gesto divertido.

—No, no es eso —negó lentamente Pat, mirándole pensativa—, Es que de repente me

he preguntado si no intentarán asesinarme para que te quedes viudo... Tú podrías ser el verdadero motivo de todo lo que sucede, aun sin saberlo tú mismo. ¿Te has parado a pensar en eso?

—Cielos, claro que no. No me imagino a Rhonda Vincent o a cualquier otra mujer planeando algo tan sórdido con la sola intención de cazarme a mí. Es absurdo, Pat.

—No tanto como crees, cariño —negó ella lentamente—. Lo mismo que un hombre mata por una mujer, ella puede hacerlo por un hombre.

—Te has vuelto muy suspicaz y recelosa...

—Sí, lo confieso. Sospecho de todo el mundo. De todo el mundo.

—¿Incluso de mí? —rió Blake de buen humor.

—No, de ti no. Recuerda que estabas conmigo cuando sonó una de esas llamadas, Dick.

—Ya. Y de no ser por eso, ¿sospecharías acaso?

—Pues... no sé —confesó ella francamente, mirándole con extrañeza—. La verdad es que ni siquiera me he parado a pensarlo. Ni siquiera

hacerlo, Dick. Necesito creer en alguien. En ti, por ejemplo...

Y se abrazó desesperadamente a él, como queriendo ahuyentar de sí todo posible temor.

La estancia en la residencia campestre no se podía prolongar indefinidamente. Pat deseaba distraerse, volver a su trabajo en Luxury, y Blake necesitaba cumplir sus compromisos editoriales. De modo que a principios de la siguiente semana, regresaron a Nueva York. Tía Agatha se despidió momentáneamente de ellos, regresando a su casa de Jersey City.

Inicialmente, todo pareció normal en torno a los Blake. La discreta vigilancia policial establecida en torno a la casa, parecía indicar que cualquier peligro cierto se había previsto de antemano. No había llamadas telefónicas ni nada hacía sospechar nuevos sobresaltos.

Pat iba y venía de su trabajo escoltada a corta distancia por dos agentes, y Blake la llamaba frecuentemente, para darle ánimos y recordarle que estaría cerca en todo momento para protegerla de cualquier peligro.

De repente, todo cambió bruscamente. La pesadilla se hizo realidad de nuevo, y de un modo trágico.

Fue cuando llevaban solamente ocho días en Nueva York. Pat Blake estaba sola en las oficinas de la Luxury. Se habían marchado todos, al cumplirse la hora de terminar el trabajo, pero Pat pidió permiso a Vanessa para permanecer en su despacho hasta más tarde, ultimando los diseños de la colección de primavera. Era todo lo que restaba por hacer, y no quería dejar ningún cabo suelto. Cuando terminase la labor, estaría lista toda la colección. Y podría tomarse un par de días de total descanso.

Avisó a Dick de que volvería tarde a casa, y se quedó en la desierta oficina de la Luxury con sus diez últimos diseños, dándoles los toques finales.

El teléfono sonó. Distraídamente, sin dejar de retocar uno de los bocetos, alargó su brazo izquierdo y tomó el aparato.

—¿Sí? —demandó —, Pat Blake al teléfono. ¿Eres tú, Dick?

La risita heló la sangre en sus venas. La voz extraña le llegó hiriente por el auricular.

—Buenas noches, señora Blake —susurró la voz—. ¿Tan tarde y trabajando aún? ¿Es

que desea distraer su terror de esa forma?

—¡Usted! —murmuró Pat, angustiada— ¿Qué pretende ahora? ¿Por qué no me deja de una vez por todas?

—No sea ridícula. Cuando deje de llamarla, es que estará usted muerta. *Muerta*,

¿entiende? Y eso va a ocurrir pronto, señora Blake. Muy pronto ya. Quizá éste sea el último aviso. Voy a matarla. Tiemble, señora. Estaré cerca de usted. La mataré...

Pat se mantuvo esta vez dueña de sí. Su terror inicial se enfrió, trocándose en calma helada. Se había hecho el propósito de no asustarse cuando volviera a oír esa voz horrible, pero nunca pensó que ello fuese tan fácil.

—No me asusta usted —replicó, incisiva—. No le temo.

Me da usted asco, eso es todo. Asco y desprecio, porque sólo es un pobre loco, un maníaco grotesco.

—Veremos si tiene tanta valentía cuando vea la muerte cara a cara, señora —dijo la voz con cierta irritación—. Lo veremos...

Y colgó bruscamente. Pat comenzó a sonreír. Le había enfurecido, pensó. Esa era buena señal. Por primera vez había desarmado al siniestro comunicante.

Dejó de pensar en eso. Había captado un ruido peculiar en alguna parte. Apenas sonó el «clic» en el teléfono, también había creído percibirlo fuera del despacho.

Con todo sigilo, se despojó de sus zapatos. Tomó un pesado pisapapeles de bronce de encima de su mesa, y avanzó decidida hacia la puerta. Previamente, apagó la luz del despacho. Entreabrió la puerta sin hacer el más leve ruido y miró al exterior, a las oficinas desiertas, las grandes vidrieras reflejando en la oscuridad el resplandor de las luces de Manhattan, que entraban por los ventanales de la empresa.

Vislumbró la silueta humana cuando cerraba tras de sí una puerta vidriera.

Borrosamente, captó una sombra tras el vidrio escarchado. ¡La silueta de una mujer!

Los ojos de Pat se clavaron en el teléfono que aparecía en una mesa. Avanzó rápida, sin producir el menor roce en la moqueta azul sus pies descalzos. Tocó el teléfono.

Estaba caliente aún por el roce de una mano. Lo miró con atención. Era de los de comunicación interior. Desde aquel teléfono se podía llamar a cualquier otro de la oficina.

Al suyo, por ejemplo.

Se apartó de allí, dirigiéndose con premura a la puerta. La entreabrió con sumo tacto, conteniendo el aliento. Miró por la rendija al largo corredor iluminado, que conducía a la salida de la planta de diseñadores.

La mujer taconeaba hacía el ascensor sin producir apenas ruido. No se volvió ni una sola vez. No hacía falta. Pat la reconocía perfectamente.

Era Vanessa Kirby, su amiga y jefe de sección de diseños.

CAPITULO VI

—Vanessa... ¿Estás segura, Pat?

—Sí, Dick. Era ella. No puedo confundirla con ninguna otra. Los rizos rubios, su estatura, sus altos tacones, su gabardina amarilla, casi igual a la mía...

—¿Crees que estaba al teléfono mientras te llamaban?

—Seguro. Pero, ¿por qué? Se había ido, aparentemente, más de una hora antes. Yo estaba solo en las oficinas. ¿Por qué regresó? ¿Qué hacía el teléfono? ¿Por qué marchó luego con rapidez y sigilo, para no ser vista, sin siquiera encender la luz de las oficinas exteriores a mi despacho? Eso no tiene sentido... a menos que ella misma hiciera la llamada. Colgó justamente cuando colgaron al llamarme, Dick.

—Vanessa... Parece increíble, Pat. Tiene que haber una explicación para eso. Acaso intercepté la llamada, tuvo miedo y se marchó...

—No parecía asustada al caminar hacia el ascensor. Sólo presurosas por irse. Además,

¿qué hada ella allí? La imaginaba yo en su casa desde hacía rato.

—Es extraño, sí —admitió Blake—. ¿Sabes su número de teléfono?

—Claro —Pat le miró, inquieta—. ¿Qué pretendes?

—Algo muy simple. Llamarla yo. Como si nada supiera. Le preguntaré si estabas tú en la oficina o cosa parecida. Que tardas demasiado y estoy inquieto. Veremos cómo habla, cómo se expresa. Deme la grabadora para conectarla al teléfono. Es posible que esta vez sí podamos comparar voces y sacar algo en limpio, si tus sospechas son ciertas.

Asintió Pat, al parecer animada por la idea de Blake. Regresó con la grabadora, y Blake la conectó al teléfono. Luego, llamó al número que le daba su mujer. Esperó.

El teléfono sonó insistentemente, una y otra vez. Nadie tomó el aparato.

—No hay nadie en su casa, al parecer —apuntó Dick, pensativo, con gesto de contrariedad—. Insistiré, por si acaso.

Igual resultado negativo. Nadie atendió la llamada. Pat expresó su extrañeza.

—Vanessa nunca falta a estas horas en su casa, lo sé por experiencia. Se retira pronto y madruga mucho. Mañana tiene que estar muy de mañana en Luxury... y ya son las once.

Tal vez tome somníferos para dormir, no sé.

—Tal vez —aceptó Blake pensativo, colgando el teléfono tras el vano intento.

Desconectó la grabadora y se puso en pie—. Voy a utilizar otra táctica.

—¿Qué pretendes, Dick? —de nuevo se inquietó su mujer.

—Visitar a Vanessa.

—¿Qué? —pegó un respingo la joven, mirándole con estupor—. ¿A estas horas... en su casa?

—¿Por qué no? Es soltera, ¿verdad? Y bastante atractiva —rió Blake con dureza entre dientes—. Me haré el marido preocupado. Diré que no estás en casa ni en la oficina. Eso, si me abre la puerta.

—Si está despierta, te la abrirá —suspiró Pat, moviendo la cabeza—. Se vuelve loca por unos pantalones. Y a ti te mira de un modo cuando te ve...

—Por favor, no me achagues todas las preferencias femeninas. No soy un Casanova.

—Tú, no. Pero gustas mucho a las mujeres, la verdad. No me fío de tu idea. Conozco a Vanessa. Sea culpable o no, no dejaría pasar una ocasión semejante sin intentar algo contigo. Será mejor que vayamos los dos.

—¿Y qué pretexto podremos dar entonces?

—Ya se nos ocurrirá algo por el camino —susurró Pat, decidida, yendo a por su gabardina amarilla, que se puso con celeridad—. Vamos allá, querido. Nada de aventuras peligrosas. Eres demasiado apetecible para dejarte solo con una mujer divorciada y sin demasiados prejuicios...

La joven pareja se lanzó en plena noche en dirección a la vivienda de Vanessa Kirby, en la Calle Cincuenta, próxima a Central Park.

Era un edificio con centralita telefónica abierta día y noche, y alquiler de apartamentos confortables, no excesivamente caros, aunque tampoco de modesta condición ni mucho menos.

El telefonista atendió a ambos cortésmente. Luego miró en su bloc de apuntes.

—Sí —dijo—. La señorita Vanessa entró en el edificio a las diez menos veinte minutos exactamente, está aquí anotado. ¿Creen que es hora de visitas, señores?

—Ella nos espera —mintió fríamente Pat—. Dígale que estamos aquí si lo desea. Pero dijo que no haría falta, si veníamos a verla, que fuéramos anunciados. Además, cuando la llamé hace poco, iba a la ducha, me dijo. Es posible que no pueda atender el teléfono ahora.

El telefonista, dubitativo, probó a llamar. Esperaron impacientes, mirándose el uno al otro. Al fin, el telefonista suspiró, colgando.

—Tiene usted razón, señora —admitió—. Debe estar en el baño, porque no coge el teléfono. Suban. Planta diez, apartamento 1.008. ¿Dice que son los señores Blake?

—Sí, exactamente —asintió Pat.

Se encaminaron al ascensor, subiendo a la planta décima. Fue fácil encontrar el apartamento 1.008. Blake hundió la mano en el bolsillo.

—Voy armado por si acaso —avisó en un murmullo a su mujer—. No me gustaría una mala sorpresa. Recuerda que si ella es quien hace las llamadas, también fue quien mató aquella noche a Doris Miller...

Pat tuvo un estremecimiento y asintió. Se dispuso a pulsar el timbre. Dick la retuvo con rápido ademán.

—Espera —silabeó—. No lo hagas, Pat.

—¿Por qué no? —se extrañó ella.

—Mira eso: la puerta está abierta.

Era cierto. Con gesto de sorpresa, Pat Blake miró a la delgada ranura que quedaba entre la hoja y marco, con el pestillo a medio encajar. Bastó mover el pomo para que cediese y la puerta se abriera un poco más. Había luces encendidas dentro, y llegó hasta

ellos el sonido de un tocadiscos, emitiendo música suave.

—Es raro que deje la puerta abierta esta noche, hoy en día, por mucho telefonista que haya —comentó Pat—. No sería la primera vez que alguien pasa de largo sin que el conserje lo advierta.

—Claro que no. ¿Viste lo que tenía sobre su mesa? Una revista pornográfica. Si se abstrae en su contemplación, pueden burlarle fácilmente. Encontremos, Pat.

Empujó más la puerta. Asomó. Ella se aferró a su brazo, inquieta. El notó que temblaba ligeramente. Apretó con más fuerza la culata de su pistola.

—¡Vanessa! —llamó— ¡Vanessa! ¡Somos nosotros! ¿Está bien?

No contestó nadie. Sólo la música sonaba allá al fondo. Miró a Pat de reojo y tiró de ella suavemente. Se adentraron en el apartamento resueltamente.

—¡Vanessa! —ahora fue Pat quien llamó en voz alta— ¿Estás ahí?

Igual silencio. Cruzaron el vestíbulo y se adentraron en un living amplio y confortable, donde se veía un tocadiscos funcionando, las luces encendidas y dos copas sobre la mesa, con una botella de licor de menta entre ellas. Blake observó todo eso como podía hacerlo con los personajes de sus novelas.

Y luego vio a Vanessa.

—Quieta, Pat —ordenó con voz grave—. No te muevas.

La soltó y fue detrás del sofá, ante la vidriera asomada a la terraza. Allí yacía Vanessa Kirby, boca arriba, desangrada sobre la moqueta, con ojos horriblemente dilatados, la boca contraída.

Alguien le había clavado unas largas tijeras de costura hasta la empuñadura, justo sobre el corazón, taladrando un abultado pecho. La muerte debió ser instantánea. El gesto de horror y sorpresa de la víctima era como una carátula grotesca y horrible a la vez.

—¡Dios mío! —sollozó Pat, cubriéndose el rostro con las manos.

—Me temo que te equivocaste de sospechosa —murmuró Blake sordamente—. Pero de todos modos, ¿quién pudo asesinar a tu amiga y por qué?

Los camilleros salieron con el cuerpo de Vanessa Kirby tapado por la sábana en la camilla. Patricia Blake la siguió con la mirada vidriosa por las lágrimas.

—Y pensar que llegué a sospechar de ella... —susurró apagadamente.

El teniente Hasper Wayne se volvió hacia ella, pensativo. Tenía una expresión perpleja, de clara desorientación, y sostenía en una mano la agenda, sin atinar a escribir nada en ella.

—De todos modos, algo tuvo que ver en su caso, señora Blake —apuntó tras un silencio breve—. De otro modo, este nuevo crimen no tendría el menor sentido.

—¿Sugiere que ella sabría algo sobre el hombre que susurra? —terció vivamente Richard Blake, volviéndose al policía.

—Es muy posible. Su esposa sorprendió a Vanessa Kirby en un teléfono de las oficinas de la empresa Luxury interceptando una conversación que, en buena lógica, no debía

afectarla a ella en absoluto. De haber obrado normalmente, hubiese acudido rápidamente al despacho de la señora Blake para comentar con ella lo que sucedía. En vez de eso, se ausentó con rapidez, sin dar señales de vida. Y ello en un momento en el que, según todos los indicios, ella no tenía por qué estar allí. ¿Me equivoco?

—No, no se equivoca —suspiró Pat—. Yo me creía sola en la oficina cuando oí el ruido en la oficina exterior, asomé y la vi partir. El teléfono aún conservaba el calor de la mano.

Era obvio que había escuchado toda la conversación.

—Y sin embargo, lo calló. ¿Por qué? Tal vez ella sabía quién era el anónimo comunicante. O identificó la voz, o lo sabía de antemano.

—¿Por eso la asesinaron? —la voz de Pat Blake era un murmullo apagado.

—Así es. Por eso la asesinaron. No cabe otra explicación.

—Entonces, ella era en cierto modo cómplice y encubridora... —sugirió Dick.

—Quizá. También pudo suceder que quisiera poner en claro tan rara

situación, llamando a la persona que profiere esas amenazas telefónicas... y ésta resolvió cerrar su boca definitivamente,

—¿El conserje de noche no vio nada, teniente?

—No, Blake, absolutamente nada. Y no me sorprende. Tiene una nutrida colección de revistas pornográficas en recepción. Debe ser un calenturiento mental. Si estaba absorto contemplando esas porquerías, ni se enteró de que pasaba alguien, a poco que el intruso adoptara ciertas precauciones.

—Sí, ya hablamos nosotros de eso cuando subimos a ver a Vanessa —afirmó Dick tristemente—. Creo que de haberlo pretendido, ni nos hubiera visto, por lo entusiasmado que estaba con la lectura,

—Por cierto, ¿a qué vinieron ustedes aquí? —se enfurruñó el oficial de Homicidios, mirándoles ceñudo—. Ultimamente, están mezclándose en demasiadas ocasiones con cadáveres y asesinatos. ¿Le ha cogido gusto a vivir sus propios relatos novelescos, Blake?

—Eso no tiene gracia, teniente. Recuerde que es la vida de mi mujer la que realmente está en juego.

—No lo he olvidado en ningún momento, amigo mío —confesó el teniente Wayne—.

Pero, afortunadamente, por el momento ella se ha salvado del peligro que la amenaza. No deberían correr riesgos inútiles jugando a los detectives por su cuenta. Eso sale bien en las novelas, pero no en la vida real, Blake.

—Después de lo sucedido en las oficinas de Luxury, quería hablar personalmente con Vanessa Kirby, eso era todo.

—Pues en otra ocasión no trata de ser el héroe de sus relatos. Será mejor que me avise a mí para resolver las cosas.

—Lo tendré en cuenta, teniente —declaró Dick con ironía—. Pero siempre había pensado que la colaboración ciudadana era básica para el buen cumplimiento de las leyes por parte de las autoridades, cuando éstas no se bastan por sí solos para evitar que se cometan delitos en su jurisdicción.

—Muy cáustico, Blake —se molestó Wayne, torciendo el gesto—. Admito que he fracasado ya por dos veces: no supimos evitar la muerte de Doris Miller, su asistente, ni la de Vanessa Kirby esta noche.

Pero una cosa es colaborar con la policía y otra pretender anticiparse a nosotros influenciado por sus propios libros. Usted puede que sea un buen

escritor de misterio, pero eso no le concede patente de corso para andar por esta ciudad pretendiendo emular a la policía y convertirse en un héroe de papel como los que usted crea con su máquina de escribir. Ahora, puede volver a su casa. Investigaremos lo que sea preciso sobre esa Vanessa Kirby y su posible contacto con el maníaco del teléfono. Y si aprecia algo la seguridad de su esposa, no arriesgue por ahí su vida inútilmente. Es un buen consejo, Blake.

—Lo recordaré siempre, palabra —dijo con ironía el escritor, saliendo del apartamento de Vanessa Kirby en compañía de su mujer.

Regresaron en silencio a casa. Blake conducía con gesto ceñudo. Había poco tráfico por Manhattan a aquellas horas. Pat se aferró a su brazo. El se volvió y le dirigió una sonrisa, aprovechando un semáforo en rojo.

—Tengo miedo, Dick —murmuró ella con voz apagada.

—¿Miedo? —repitió Blake—. ¿Por qué ahora?

—No lo sé. Me pregunto qué está ocurriendo alrededor nuestro, por qué esta oscura y extraña conspiración... Primero las amenazas, luego aquel pobre animal en la puerta, después la muerte atroz de aquella chica, Doris. Y ahora... Vanessa. ¿Qué estará ocurriendo, Dick?

—Si lo supiera... —Blake se encogió de hombros—. Yo no soy uno de mis héroes, diga lo que diga el teniente Wayne, y tú lo sabes. Mis personajes parecen saberlo todo, encuentran la clave en los misterios más complejos. Pero la vida real! no es lo mismo. Me siento a oscuras, desorientado, tratando de saber qué ocurre y por qué está ocurriendo.

—Si Vanessa era la autora de las llamadas..., ¿quién pudo matarla y por qué? ¿Tú crees que puede existir un complot, que pudo haber alguien más metido en todo esto?

—El teniente parece creerlo, cuando menos —declaró Dick, ambiguo, reanudando la marcha hacia la Calle Treinta y Tres Oeste.

—¿Y tú, Dick? Es tu opinión la que me importa —rogó

Pat—. Digas lo que digas, te considero inteligente, lúcido, con gran capacidad deductiva...

—Eres mi mayor *fan*, no hay duda —rió suavemente Dick entre dientes—. Me gustaría ser como imaginas tú. Te diré que veo algo raro, oscuro y poco explicable en este último crimen. Algo parece despegarse de todo lo demás, Pat. Pero no sé lo que ello pueda ser.

Ya no cambiaron más palabras, camino de su casa. Cuando llegaron, pudieron ver que la policía continuaba rondando discretamente los alrededores del edificio de apartamentos de lujo. Todo, por tanto, parecía en orden allí.

Subieron a la decimosegunda planta. Abandonando el ascensor, caminaron hacia su apartamento. Blake llevaba a Pat de un brazo con su mano izquierda, sujetando con la derecha la pistola en su bolsillo. No se fiaba ya de nada.

Cuando avistaron la puerta, una sorda imprecación de ira brotó de labios del escritor.

Pat se paró en seco, palideciendo intensamente, y vaciló sobre sus piernas. Blake la sujetó con fuerza, sin quitar sus ojos de la puerta.

—Dios mío... —gimió ella, despavorida—. ¡Otra vez, Dick...!

El no dijo nada. Estaba leyendo aquellas letras rojas, trazadas sobre la madera, no sabía si con pintura o con sangre.

M U E R T E

Las letras chorreaban un rojo oscuro y siniestro hasta la moqueta, donde aún eran visibles las huellas de la sangre del gato asesinado tiempo atrás.

Avanzó decidido, sin soltar a Pat, mirando en torno suyo, pistola en mano. El corredor estaba totalmente vacío. Su joven esposa se pegó al muro, con la bella faz del color de la cera, los ojos dilatados y medrosos. Blake rozó con los dedos los regueros rojos que caían de las letras amenazadoras.

—No es pintura —dijo—. Es sangre.

Sonó un golpe sordo en la moqueta del corredor. Pat acababa de desmayarse.

CAPITULO VII

—Es una pesadilla abominable, Dick.

—Claro que lo es. Sobre todo para Pat...

Rhonda Vincent asintió lentamente con la cabeza, mientras se situaba en posición ante la cámara fotográfica, para mostrar en sus manos un ejemplar de *El asesino imposible*, la última obra editada por Lennox con la firma de Richard Blake.

Ciertamente, quienes la vieran en las fotografías a todo color o en los *spots* publicitarios, quizá se fijarían más en los pechos magníficos de la modelo, insinuados bajo la minúscula pieza del bikini, o en sus muslos incomparables. Pero como publicidad era válida, al menos para Jason Lennox, el editor. Y Blake no tenía nada que decir contra tal campaña, siempre que se vendieran ejemplares de su obra.

—¿No logra la policía descubrir nada? —indagó Rhonda, tras cambiar de postura a petición del fotógrafo, para mostrar mejor su envidiable, exuberante físico.

—Nada. Creo que el teniente Wayne está tan desconcertado como nosotros mismos.

Pero se resiste a admitirlo.

Otra fotografía. Otra pose distinta. Ahora, el libro de Blake apenas si destacaba entre los dos senos de la modelo. Pero no importaba demasiado.

—¿Y el último incidente, Dick? —preguntó la joven belleza.

—¿Te refieres a la sangre en la puerta? Un nuevo golpe de efecto como la muerte del gato. Usaron sangre animal, posiblemente de cerdo. Tal vez alguien obtuvo una vejiga repleta de sangre animal, bien conservada, y la derramó, pintando la palabra «muerte».

Lo extraño es que nunca se vea entrar ni salir a nadie de la casa.

—Creo que no es tan difícil —suspiró Rhonda, descansando un momento al apagarse los focos, y dejando el ejemplar de la novela de Blake en un taburete, para acercarse al escritor y apoyar una mano en su hombro. Con ello, Dick tuvo justo contra su pecho el generoso busto de la joven, exultante de vigor y arrogancia. Pero ella no parecía

dar la menor importancia a tal contacto. Prosiguió con tono preocupado—: He sabido por el conserje que hay cuando menos tres o cuatro formas de infiltrarse en la finca sin que nadie se entere, ni siquiera los policías de servicio. ¿Sabes que hay una alcantarilla que comunica con los colectores de servicio de la casa, aparte la facilidad en saltar de azotea?

Eso, sin contar con la posibilidad de que alguien arriende un apartamento y tengamos al enemigo en casa, sin nadie saberlo...

—Sí, no es nada alentador —aceptó Blake gravemente.

La joven modelo se sentó a su lado, tomando una botella de refresco de un refrigerador situado en el estudio de publicidad de la Editorial Lennox.

—Esa chica compañera de Pat en su trabajo, Vanessa..., ¿es seguro que tenía algo que ver con las amenazas de muerte?

—Aún no podemos estar seguros de nada, pero posiblemente sí. Por eso la mataron.

En otro caso, no tendría sentido su muerte. Esta vez, aunque llevase una gabardina amarilla, como la de Pat, aproximadamente, no pudieron confundirla con ella. Fueron a matarla a su propia casa.

—Pero el asesino no utilizó esta vez una escopeta de caza...

—No. Debió temer producir demasiado ruido con el disparo, dada la hora, y usó algo mucho más silencioso. Las tijeras debían ser de Vanessa. Pat dice que hay varias así en la sección de diseño, corte y confección de la Luxury. Pero naturalmente, ignoraba que Vanessa tuviera una así en casa, puesto que ella sólo se ocupaba de diseño de modelos y no del corte. Son tijeras demasiado grandes y afiladas para manejarlas en el lugar de forma habitual.

—Dick, tienes tu gran oportunidad de convertirte en uno de esos detectives que tú tan ingeniosamente creas en tus novelas —sonrió Rhonda—: ¿No piensas aprovechar la oportunidad? Sería un gran golpe publicitario para ti. Ya imagino los titulares: «El gran escritor de misterios policíacos, descubre un gran enigma en la vida real.»

—No me gusta la idea. Si todo esto no girase en torno a Pat...

—Sí, te comprendo —musitó ella—. Perdona. No debí decirlo.

—Lo cierto es que quisiera poder hacer algo, porque ello quizá significaría que la vida de Pat ya no peligraba en el futuro. Pero confieso mi impotencia como investigador en este caso. No entiendo nada de nada. Pat está cada vez más aterrorizada. Y yo me pregunto cuándo va a terminar esta horrible pesadilla de una vez por todas...

Rhonda le miró fijamente, con una mezcla de ternura y simpatía. Luego se inclinó y besó sus labios. Blake notó el contacto jugoso de aquella boca sensual. Se apartó vivamente, como si quemaran los labios de la hermosa modelo.

—No, Rhonda, no —murmuró con voz grave—. Es mejor que no lo hagas. No sé por qué motivo, pero últimamente Pat se está volviendo incluso algo celosa... Creo que son sus nervios. Están rotos, desquiciados. Se encuentra al borde de la historia, y es comprensible. Será mejor que nunca tenga un motivo para sentir celos de mí.

Rhonda le miró fijamente. Pareció molesta. Se irguió, en toda su arrogante y seductora estatura, como una estatua de carne bronceada y deseable.

—Perdona, Dick —murmuró con frialdad—. Creí que éramos realmente amigos...

Y regresó a su puesto de trabajo, tomando el ejemplar de la novela y apremiando al fotógrafo del estudio:

Vamos, Burt. Sigamos el trabajo, por favor. Ya he descansado bastante.

Blake suspiró meneando la cabeza. Se dirigió a la salida. Apenas pisó el corredor, se encontró con Jason Lennox. El editor interpuso su rotunda humanidad entre él y la salida de aquel piso.

—Me alegra verte, Dick —habló con firmeza—. Andaba buscándote.

—Creo que no estoy en un buen momento para charlar de negocios, Lennox —se excusó rápidamente Blake, tratando de eludir una entrevista con su editor.

—Lo siento, Dick. No se trata de negocios precisamente. Tenía que verte por algo más serio y preocupante para nosotros.

—¿Qué es ello? —se alarmó Blake, volviéndose rápidamente para mirar a Lennox, en cuyo rollizo y saludable rostro descubrió una expresión de inquietud no habitual en el hombre de negocios.

—Algo feo, Blake, la verdad. De eso quiero hablarte. Se trata de Norman King, tu colega. Se ha suicidado hoy.

* * *

—Suicidado... ¿Norman King?

—Así es. El pobre diablo estaba desquiciado. Ebrio, medio loco, resentido... Incluso trató de matarme hace unos días. Y ahora está muerto...

Ralph Murray se rascó los rojos cabellos con aire estupefacto, meneando luego la cabeza de lado a lado, con aire perplejo.

—Cielos, creo que el mundo entero se ha vuelto loco en nuestra época —juzó—. ¿De veras intentó matarte?

—Sí. Llevaba una pistola. Pude evitarlo. Y no le denunciarnos ni Lennox ni yo. Me pregunto si no hubiera sido mejor que lo encerrasen. Ahora quizá estaría vivo.

—No te culpes de nada, Dick. Tu colega King estaba totalmente desequilibrado. Sus últimas novelas eran insoportables. Creo que no pudo soportar el fracaso. Nadie hubiese podido impedir que pusiera fin a su vida de un modo u otro. ¿Cómo lo hizo?

—Se arrojó desde un edificio en obras. Resultó destrozado contra el asfalto. Pobre King... Creo que deja una sobrina enferma. He dispuesto que le pasen una cantidad para que no sufra penurias. Es todo lo que puedo hacer ya. King no hubiera aceptado nada. Era demasiado orgulloso para eso.

El dibujante asintió con la cabeza, paseando por la estancia. Asomó a la esplendorosa vista de Manhattan que se dominaba desde la terraza del apartamento de los Blake. Pareció recordar algo de repente. Sin volverse, mirando a la calle, indagó:

—¿Cómo está Pat?

—Mejor. Se va recuperando después de lo del otro día.

—No le digas nada de lo de King. Ya tiene bastante con sus propios problemas.

—No, no lo haré. Lo de Vanessa la afectó mucho. Pero fue aún lo de ese letrado sangrante en la puerta...

—Eso demuestra que el sádico sigue en sus trece..

—Así es, Murray. Y eso es lo que me preocupa más. Si ha sido él quien asesinó a la compañera de trabajo de Pat, no conforme con eso, tuvo ocasión de venir aquí y trazar ese horrible rótulo en la puerta... Por fuerza debe tratarse de un loco muy astuto y peligroso.

—El mundo está lleno de ellos, Dick —suspiró Murray, meneando la cabeza—. Bien, me voy. ¿Nos veremos en el funeral de King?

—Por supuesto. ¿Cómo van esas ilustraciones y tu futura exposición?

—Muy bien —dijo el pelirrojo artista desde la salida—. La inauguro dentro de tres días.

Espero veros allí.

—Iremos sin falta —prometió Blake—, Y si no eres muy caro en tu cotización, incluso es posible que te compremos un cuadro.

—A eso se le llama tener buenos amigos —rió Murray—, E inteligentes, claro.

Salió del apartamento, mientras también Blake reía la broma. Cuando iba a cerrar la puerta Murray, alguien preguntó desde el corredor:

—¿Puedo entrar, Blake, un' momento?

—Claro, Meeker, entre —invitó Dick solícito—. Puede pasar cuando desee.

—Bueno, después de todo cuanto está ocurriendo aquí, creo que es mejor pedir permiso —habló el millonario, entrando en el piso y cerrando suavemente tras de sí—.

Ahora todos somos sospechosos de asesinato y de amenazas de muerte, ¿no?

—Incluso yo —sonrió amargamente Blake, tendiendo su mano al hombre atlético, de tez bronceada por el sol, cabellos salpicados de atractivas canas a mechas en su frente y patillas, y rostro jovial y risueño, por encima del *foulard* de seda amarilla que envolvía su cuello, bajo la camisa deportiva, desabrochada y de manga corta. El frío húmedo del oto-

ño no parecía afectar en exceso.

—He venido a interesarme por el estado de su esposa, Blake. Me contaron que sufrió otro sobresalto hace dos días...

—Así es. Alguien embadurnó con sangre animal mi puerta. Otra amenaza de ese loco asesino...

—¿No pueden hacer nada por evitarlo?

—A menos que pongan agentes hasta bajo la cama, resulta imposible —confesó Dick sombríamente—. Nunca se sabe cómo va a actuar, qué va a hacer... Llamadas telefónicas, cartas, animales asesinados, letreros amenazadores... e incluso crímenes.

—¿Crímenes? —enarcó sus cejas Douglas Meeker con aire perplejo—. ¿Hubo más de uno ya?

—Sí. También una amiga de mi mujer, Vanessa Kirby, fue asesinada por ese maníaco.

—¿Y por qué motivo? ¿La confundió otra vez con ella quizá?

—No, no creo que fuera eso. La mataron en su propio domicilio y cara a cara, en un living lleno de luz. Sabían que mataban justamente a Vanessa Kirby, no a otra.

—Cielos, pues no lo entiendo.

—Yo tampoco, Meeker. Ni nadie. Y así seguimos, dando palos de ciego.

—Bueno, no se preocupe demasiado. Acabarán cazando a ese maníaco, sea quien fuere. Soy de los que opinan que la justicia siempre acaba triunfando, aunque pasen años, Blake?

—Sí, algo había oído. Usted me habló de ello en una ocasión, lo recuerdo muy bien.

—Pues resultó que no era tal muerte accidental, después de todo —suspiró Meeker, con gesto ensombrecido.

—¿Ah, no?

Blake enarcó las cejas, mirándole pensativo.

—No. Fue un crimen. Durante algún tiempo, la gente llegó a pensar que era yo el sospechoso ideal, puesto que ella poseía una gran fortuna, que es la que heredé al declararla legalmente muerta.

—Si fue así, ¿por qué ha dicho que la justicia siempre brilla al final, pase el tiempo que pase?

—Porque yo, durante mucho tiempo, para evitar escándalos en torno a mi persona, he ocultado a todos las circunstancias reales en que ese crimen tuvo lugar hace años. No fue en un naufragio como he dicho tantas veces.

—¿No? ¿Cómo fue, entonces?

El interés de Blake en el tema era relativo, pero consideraba de buena educación seguir

la charla con su vecino millonario.

—Vivíamos ambos en un yate, eso sí. Estábamos anclados en San Francisco. Mi esposa lo era todo para mí en la vida. Y una noche, alguien la asesinó. Una persona que gozaba de toda su amistad. Yo entonces no podía saber ni sospechar quién era. Se deshizo del cadáver en el mar. Apareció éste, en las condiciones que puede imaginar, casi tres años después. Pero se la pudo identificar gracias a cierta operación en su pierna y a su dentadura... Entonces heredé yo, tras evitar que me acusaran de asesinato. He pasado años enteros buscando al asesino. Amaba tanto a mi esposa...

—¿Y lo he encontrado?

Ahora sí que había interés en Blake por aquella vieja y extraña historia de muerte y dolor.

—Sí. Lo he encontrado —afirmó Meeker con extraña entonación, dirigiéndose bruscamente a la salida—. He encontrado al asesino de Jennifer Grant, mi mujer.

—¿Jennifer Grant? —se extrañó Blake—, Creí que se llamaría Meeker, como usted...

—Mi nombre real es Douglas M. Grant —suspiró el millonario, con triste sonrisa, desde la puerta del apartamento—. M. de Meeker, ¿sabe? Bien, no le molestó más con mis propios problemas, Blake. Confío en que usted también vea brillar la verdad alguna vez.

Deseo lo mejor para su esposa. Buenas tardes.

Se inclinó, cortés, y cerró suavemente tras de sí.

—Qué extraño individuo —murmuró Blake para sí, todavía desconcertado por la sorprendente historia del millonario deportista —, ¿A qué vendrá que me cuente a mí todas esas cosas?

Desde dentro, la voz de Pat le llegó, apagada y tierna:

—Dick, querido...

—Sí, voy en seguida —se apresuró a decir Blake, olvidando totalmente a Douglas Meeker y sus historias, para acudir junto a su esposa postrada por el terror y la inquietud.

* * *

Audrey Smith, directora de la empresa Luxury paseó su elegancia por la sala, mientras hablaba volublemente, como si en vez de visitar a una enfermera estuviese presentando ya a su selecta clientela de la Quinta Avenida la serie de modelos de primavera:

—Querida, tiene que olvidarse de todo y dedicarse enteramente a la recuperación más rápida y completa posible. El trabajo puede esperar, créame. Aunque echemos mucho de menos a usted y a la pobre Vanessa, Luxury sobrevive, no se preocupe. Lo que deseo es verla volver por allí cuanto antes, porque eso significará que todo esto ha quedado atrás,

¿estamos de acuerdo?

—Sí, claro —murmuró Patricia Blake desde la butaca donde se acomodaba, aún pálida y demacrada después de tan duras pruebas como le había tocado vivir últimamente—.

Según el doctor Randall, es posible que la próxima semana pueda reintegrarse a una vida normal. Yo estoy haciendo por mi parte cuanto puedo.

—Lo sé, querida. Siempre ha sido una muchacha de gran voluntad y entusiasmo para todo —admitió Smith con aire distraído.

Tía Agatha apareció en la puerta con la bandeja para servir café y pastas a ambas mujeres. La directora de la casa de alta costura hizo un vago ademán con su mano enojada y elegante.

—Oh, sólo tomaré un poco de café —advirtió—. Estoy muy ocupado hoy y debo volver a las oficinas cuanto antes. Las fechas del desfile se nos vienen encima, y queda mucho por hacer.

—La envidia —suspiró Pat, mientras su afable tía depositaba los servicios en la mesita—. Volver a trabajar, tener algo que hacer, algo en que pensar... Cuando vuelva a la normalidad, me va a parecer mentira.

—De todos modos, mi querida amiga, si necesita compañía puedo volver esta misma noche y quedarme aquí con usted, a dormir —se ofreció la dama con no excesivo entusiasmo.

—No, gracias —rechazó Pat con una sonrisa—. Me basta con tía Agatha. Además, me encuentro mucho mejor, y esta misma noche regresa mi marido de otra serie de conferencias publicitarias y presentación del libro en California. Lleva allí tres días, pero hoy estará aquí en el último vuelo nocturno.

—Eso me tranquiliza. Debe ser fascinante tener un marido escritor, ¿verdad?

—Lo fascinante, mi querida señorita Smith, es tener un buen marido como Dick —

rectificó suave, per significativamente la joven esposa, sirviendo el café—. Estoy deseando que regrese, ésa es la verdad...

Audrey Smith dejó a su amiga y empleada cuando empezaba a oscurecer, siempre con su aire distante, trivial, como si nunca se enterase realmente de nada que no fuese lo que le afectaba a sí misma.

—Es una mujer insufrible le confesó su tía, recogiendo los servicios.

—No es mala, cuando se la conoce bien —sonrió Pat—. Pero lo cierto es que para Aubrey Smith sólo existen dos cosas en el mundo: la empresa Luxury y, por supuesto, la propia Aubrey Smith.

—Justo lo que me figuraba —refunfuñó tía Agatha, que añadió antes de volver a la cocina, con su pasito breve y rápido—: ¿Qué Cenarás esta noche, querida?

—Cualquier cosa, no rengo mucho apetito. Estoy impaciente por ver a Dick aquí de nuevo. Ahora pasará algunas semanas sin separarse de mí... Es lo que me ha dicho.

—Ya va siendo hora de que deje de hacer tanto viaje. Comprendo que sus libros son muy importantes, pero tú también lo eres, querida Pat. y después de todo lo ocurrido...

—Calla, por favor, tía —la interrumpió la joven—. Es mejor no hablar de ello. Yo misma rogué a Dick que cumpliera esos compromisos que había dejado en California pendientes, al regresar de improvisto aquella vez en que recibió la odiosa carta amenazadora. No debo dificultar su carrera ni sus intereses, compréndelo. Además, ya me encuentro casi bien del todo, y por fortuna nada ha vuelto a suceder...

—De todos modos, te daré un poco de carne con verduras, pastel y fruta.

—Es demasiado, tía Agatha... —protestó débilmente Pat.

—Nada. Está dicho. Cenarás lo suficiente, no quiero que te debilites —sostuvo con firmeza la buena mujer.

Y, ciertamente, la obligó a hacer una aceptable cena. Cenaron juntas las dos, y luego sirvió el café tía Agatha. Cuando empezó a entrarle sueño a su anciana tía, Pat la aconsejó con una leve sonrisa:

—Será mejor que te acuestes ya.

—¿Y tú, querida?

—Yo esperaré todavía un rato, leyendo, por si Dick vuelve en el vuelo anterior al previsto. Dijo que, cuando menos, lo intentaría.

—No tardes —bostezó la buena mujer, dirigiéndose al dormitorio.

Pat se quedó sola. Intentó leer algo, pero de repente, a) verse sola, parecía sentirse nerviosa, inquieta, víctima de una rara tensión. Contempló el teléfono silencioso y dominó un escalofrío.

Siguió leyendo. Pero su mente estaba lejos de las páginas del libro.

El teléfono continuaba silencioso. Sin embargo, parecía fluir de él un invisible halo de intangible terror que se enroscaba, glacial, en torno al cuerpo encogido de la bella esposa de Richard Blake...

CAPITULO VIII

Jason Lennox redujo ligeramente la velocidad de su coche al enfilear las avenidas semidesiertas de Manhattan.

—Ya estamos llegando —dijo—. Veo que estás impaciente por estar junto a tu mujer, Dick.

—Muy impaciente —admitió el joven escritor, acomodado junto a él—. Creo que comprenderás las razones...

—Claro que las comprendo —suspiró el editor—. Debiste aplazar este viaje a California, Dick, hasta que Pat estuviese totalmente bien.

—Ella misma me pidió que lo hiciera. Parecía muy mejorada al marcharme.

—Oh, y siguió su mejoría, eso sí. La he visitado dos veces en estos días, por necesitaba algo. La encontré muy bien, de modo que tranquilízate por ese lado.

—Estoy tranquilo —respondió brevemente Dick, aunque su rostro tenía un gesto de cierta preocupación, como si algo le inquietase—. Pero ansío encontrarme en casa, Jason.

—Sí, eso es muy natural. No dirás que hemos tardado demasiado desde el aeropuerto...

—No, no. Conduces muy bien, siempre lo he dicho. Te agradezco que estuvieras esperando mi llegada.

—Vamos, no digas tonterías. Es lo menos que podía hacer por mi mejor autor —añadió con una sonrisa.

Contra su costumbre, Dick no le devolvió la sonrisa. Lennox siguió conduciendo, hasta detener el coche ante el edificio de lujosos apartamentos de la Calle Treinta y Tres Oeste.

Rápido, Dick tomó un pequeño maletín, estrechó la mano de Lennox y saltó a la acera.

—Gracias por todo, Jason —dijo—, ¿Quieres subir y tomar algo?

—No, no. Es muy tarde ahora —rechazó el editor—, Y estás deseando reunirte con ella y charlar de vuestras cosas. Otro día. Buenas noches,

Dick.

—Buenas noches, Jason. Hasta mañana...

El editor se alejó con el coche calle abajo. Dick penetró en la casa, dirigiéndose con rapidez hacia el piso doce. Su rostro continuaba ensombrecido por alguna honda preocupación. Al salir del ascensor sus ojos denotaban inquietud y el rictus de su boca una crispación poco usual en él. Era como si algo oscuro ocupase su mente, como si estuviera deseando y temiendo a la vez el momento de cruzar el umbral de su puerta, agobiado por la sombra de un temor inconcreto.

Se paró en seco en medio del iluminado corredor. Sus ojos se dilataron, repentinamente brillantes, fijos en aquella puerta que, por dos veces, le había causado una dolorosa y macabra sorpresa.

Esta era la tercera vez.

La puerta estaba abierta.

¡Abierta, a las tres de la madrugada! Eso no tenía sentido. Y si lo tenía, había de ser forzosamente siniestro, estremecedor...

—No, no... —jadeó, avanzando rápido hacia su apartamento—. Dios mío, no.

Se detuvo en el umbral, indeciso. Lamentaba no haber llevado encima su pistola. Se la había dejado a Pat, por si ocurría algo. Además, no le hubieran permitido llevarla en un viaje aéreo. Los sistemas de seguridad de las compañías aéreas lo prohibían.

—¡Pat! —llamó roncamente—. ¡Pat! ¿Estás bien?

Se le encogió el corazón ante el profundo silencio que le llegaba como algo material!

desde el interior del apartamento en sombras. Resueltamente, dispuesto a encararse como fuese con la más cruda realidad, penetró impetuoso en el piso y presionó el interruptor de la luz.

Esta invadió recibidor y *living*. Como hipnotizado, Blake miró el suelo del recibidor. La moqueta mostraba manchas oscuras, como óxido. Se inclinó. Le temblaba la mano al tocar aquellas manchas. Retiró los dedos, manchados con una sustancia rojo oscura, ya algo seca.

¡Sangre!

—¡Pat! —rugió, ya sin miramientos, avanzando a toda prisa hacia el interior de la vivienda.

Y encontró a Pat, su mujer. Un ronco alarido de rabia, dolor y desesperación escapó de su garganta.

Pat Blake yacía sobre el *living*, tendida de bruces en la moqueta, con la falda remontando sus bonitas piernas, un brazo extendido, un atizador en él, mostrando oscuras manchas de sangre. Y más sangre aparecía alrededor de ella y en su rostro y frente, mojando su cabello color miel.

—¡Pat, querida mía! —jadeó, precipitándose sobre ella para tratar de hacer algo, si es que aún era posible—. Pat, mi vida...

Tocó la piel. No estaba helada, como temiera. Había calor en ella aún. Puso sus dedos en la carótida. Auscultó su corazón, tembloroso.

—Vive... —susurró roncamente—. ¡Vive!

La tomó en brazos con la máxima precaución, suavemente. Avanzó con ella hasta el dormitorio y la depositó en el lecho. En el cuarto vecino, tía Agatha dormía apaciblemente, con una lucecita de mesilla de noche encendida. Corrió a ella, exasperado, y la zarandeó.

—¡Tía Agatha, tía Agatha! —bramó—. ¡Despierte! ¡Vamos, despierte!

Le costó bastante sacarla de su profundo sopor. La mujer le miró con ojos aturridos, luchando con su somnolencia.

—Dick, muchacho... —murmuró—. ¿Qué ocurre?

—Pat... Está herida... ¿Es que no ha oído usted nada? —se irritó Blake.

—No, claro que no... Me dormí profundamente... ¡Cómo no lo he oído? Dios mío, tengo el sueño cada vez más pesado... ¿Cómo está mi querida sobrinita?

—No lo sé. Herida. Sangra por la cabeza. Inconsciente. Avisaré al médico y a la policía de inmediato. Vamos, ayúdeme, por favor.

—Sí, sí, claro... —musitó torpemente la mujer, moviéndose con dificultad.

Blake corrió de nuevo al vestíbulo y llamó al doctor Randall y a la policía. El teniente Wayne dijo que enviaría una ambulancia, por si acaso, y prometió estar allí de inmediato.

Blake paseó por el *living* como un tigre enjaulado. Sus ojos contemplaban la sangre del atizador, depositado en el suelo, las manchas que se extendían por la moqueta.

Recordó de repente las gotas de sangre del vestíbulo. Presa de un presentimiento súbito, examinó con mayor atención las manchas en el *living*. Formaban un reguero hasta el propio vestíbulo. Pero tampoco se detenían aquí. Proseguían hacia el corredor de aquella planta.

Regresó a por su pistola. Con ella en el bolsillo, siguió el reguero cautelosamente. No iba hacia el ascensor, como imaginara. Se dirigía a las escaleras. Perplejo y en tensión, siguió ese rastro escalones abajo. Observó que se detenían en el rellano inferior. En el piso undécimo. No seguían por los peldaños. Pero sí por aquel corredor.

Siguió adelante. Hasta que, por fin, advirtió que iban a morir ante una puerta concreta.

Se detuvo ante ella. Estaba entreabierta. Sacó el arma del bolsillo y apretó la fría culata con determinación. Luego, empujó la madera. Y entró.

Las luces estaban encendidas. Era un apartamento suntuoso, decorado con gusto, y mostrando trofeos deportivos en una gran vitrina y otros de caza en los muros, Blake miró en torno. No le costó dar con el dueño de aquel apartamento situado bajo el suyo propio.

Douglas Meeker, el millonario deportista, yacía de espaldas contra la pared, con los ojos vidriosos y desorbitados, en su rostro habitualmente bronceado, que ahora tenía un raro color tierra, sobre la lividez de la muerte. Tenía el cráneo medio hundido a golpes, y había sangrado copiosamente. A sus pies, yacía una escopeta de caza de cañones recortados, quizá la misma que mató a Doris Miller, la asistente rubia.

Blake comprobó con rapidez dos cosas: el millonario estaba muerto. La escopeta no había llegado a ser disparada. Al incorporarse, captó algo más, junto al teléfono que reposaba en una mesita de vidrio. Había un adminículo electrónico de pequeño tamaño, de los utilizados para desfigurar la voz de una persona aplicándolo a la boca...

CAPITULO IX

—De modo que era él. Douglas Meeker, el millonario, era el susurrador de las amenazas de muerte... Un psicópata bajo la apariencia de un magnate jovial, deportista y vigoroso... ¡Cielos,

nunca sabrá uno nada sobre el ser humano! —se quejó amargamente el teniente Wayne, moviendo la cabeza.

Blake no dijo nada. Sombrío, preocupado, paseaba ante la puerta del dormitorio donde reposaba ahora su mujer, a quien el doctor Randall no había considerado necesario tras-ladar a un hospital, puesto que su herida de la frente era más espectacular que otra cosa.

—¿Cómo cree que sucedió todo, teniente?

Era Rhonda Vincent, algo despeinada su oscura melena, envuelta en una suntuosa y sofisticada bata plateada, la que preguntaba ahora al oficial de policía, mientras fumaba distraídamente un cigarrillo.

—No parece difícil imaginarlo. Meeker volvió a llamar esta noche a la señora Blake, aterrorizándola. Luego vino a matarla o a causarle más terror aún. Traía consigo la escopeta, posiblemente. La señora Blake, con gran entereza, empuñó un atizador y se defendió, golpeando a su agresor. Este debió repeler la agresión, dando un golpe con los cañones de su escopeta a la señora Blake, en la cabeza, puesto que no debía de ser capaz de disparar el arma ya, tras recibir los impactos del atizador de bronce. Ella siguió golpeando al verse herida... y causó mortales daños a su enemigo. Meeker, sintiéndose morir, escapó, logrando llegar a su apartamento dificultosamente, y muriendo allí sin remedio. Este es el desenlace de la tragedia, a mi modo de ver, y ese reguero de sangre entre ambos pisos confirma mi teoría, señorita Vincent. También se ven huellas de sangre y cabellos rubios en un borde de los cañones del arma.

—Dios mío, pobre Pat —musitó la modelo—. ¿Y qué va a ser ahora de ella? ¿La acusarán de homicidio?

—Yo no soy el fiscal del distrito, señorita —suspiró el policía—. Pero creo que se considerará un homicidio involuntario, en legítima defensa, dadas las circunstancias que rodean al caso, y saldrá libre bajo palabra, hasta que se vea la causa. No creo que tenga nada que temer esa valerosa joven, después de todo. Meeker era un psicópata peligroso, jugó con fuego... y terminó quemándose, ¿no opina usted igual, Blake?

—Sí, eso creo yo también —suspiró a su vez el escritor, con gesto ensombrecido y mirada distante.

Rhonda se acercó a él, puso una mano en su brazo y le miró dulcemente.

—Dick, si quieres que me quede aquí contigo el resto de la noche, yo...

—No, no, Rhonda, gracias —rechazó Blake con voz pausada—. Será mejor que te retires a descansar. Entre tía Agatha y yo nos cuidaremos de Pat. Ahora, ya no hay nada que temer, puesto que el autor de esas amenazas ya no existe.

—Ese aparatito que usaba para disfrazar su voz es muy útil —comentó Wayne—. Basta aplicarlo a la boca para que salga un sonido grotesco, que no se parece en nada a la propia voz. Lo encontramos en casa de Meeker.

—Sí, lo vi —asintió Blake —, Estaba junto al teléfono.

—Ahora debo dejarles —murmuró el policía—. Tengo mucha tarea en el piso de abajo,

y aquí no me queda nada por hacer. Mis respetos a su mujer, Blake. Y que descanse profundamente. De momento, no va a ocurrirle nada. Le doy mi palabra de no intentar su arresto siquiera. Convenceré al fiscal para que aguarde unos días a tomar decisiones al respecto, aunque creo que no habrá problemas en ese sentido.

—Gracias, teniente. Buenas noches a todos.

Salieron, dejándole solo. En el dormitorio, se oían los sollozos de tía Agatha, atendiendo a su sobrina y lamentándose de su pesado sueño, que le había impedido poder ayudar a su familiar en tan terrible trance.

Blake respiró hondo y entró también en el dormitorio, para cuidarse de su mujer.

* * *

Transcurrió una semana larga, hasta que Patricia Blake mejoró sensiblemente de su estado nervioso y de su herida.

Aquella noche parecía ya todo muy lejano. Tía Agatha había regresado a su casa de Jersey, Pat arreglaba las cosas para volver al día siguiente al trabajo, y Dick había salido para atender una nueva presentación de su obra, pero esta vez en Nueva York, en la televisión, para regresar lo antes posible a casa.

El fiscal del distrito había sido muy comprensivo con ella, no ordenó su arresto, y la vista por homicidio involuntario con la eximente de

legítima defensa y de haber sido atacada en su propio domicilio por un asesino, se verla en breve, sin acusación alguna contra ella. Pat había confesado no recordar apenas nada de lo sucedido aquella noche, salvo la última llamada de la horrible voz, y la llegada casi inmediata de su vecino, armado con la escopeta y con una expresión que ella nunca había visto en su rostro. Lo demás, parecía borrarse de su memoria para hundirse en el subconsciente.

Ultimó los detalles para el día siguiente en que, por fin, volvería a su puesto en Luxury, y se dispuso a esperar a Dick acostada, leyendo un libro. Ya no sentía miedo alguno. Todo había terminado, y lo sabía. La odiosa voz no volvería a sonar por teléfono.

Pensando en todo eso precisamente, sonó el timbre telefónico. Pat miró al aparato con repentino sobresalto. Pero sonrió de inmediato y acudió, confiada, a descolgarlo. Debía de ser Dick desde los estudios de televisión, anunciándole su regreso. Habían quedado en ello.

—Sí, Dick —habló risueña al descolgar—, ¿Todo ha ido bien ahí?

—Señora Blake, ¿creyó librarse tan fácilmente de mí? Aquí me tiene otra vez...

Era la voz.

—¡Nooooo! Ella lanzó un terrible alarido, se tornó lívida como una muerta, y reculó, con pavor, mirando el teléfono que colgaba de la mesa ahora, al soltarlo su mano.

Pendulaba, mientras por el auricular surgía la voz metálica, chirriante, con su insoportable susurro siniestro retumbando en el cerebro de la enloquecida joven:

—Buenas noches, señora Blake... Ha cometido varios errores respecto a mí. No soy tan fácil de vencer. Todavía estoy aquí, cerca de usted... Y voy a matarla. Voy a matarla, señora...

Ella, angustiada, se tapó los oídos, mientras resonaba la risita que tan bien conocía,

brotando de aquel teléfono, como si llegase de ultratumba. Exasperada, corrió a la alcoba, tomó la pistola que Dick dejara allí para ella, y la empuñó con rabia, como si pudiese matar al monstruo a través del hilo telefónico. La voz, insistente, cruel, maligna, brotaba incansable por el teléfono, audible incluso a aquella distancia:

—Vamos, señora Blake... Está muy asustada, ¿verdad? Lo siento. Lo siento mucho...

Voy a ir a por usted. Voy a matarla ahora. No le servirá de nada lo que haga. Estoy aquí, muy cerca... Su vida va a terminar en breve...

Dejó de sonar con un chasquido brusco, y ella respiró, aliviada, tambaleante y llena de terror aún. Se dirigió al teléfono para colgar y llamar a Dick, a la policía, a quien fuese.

En ese momento, el pomo de la puerta comenzó a girar.

Y la luz del apartamento se apagó.

Otro grito agudo de pavor escapó de labios de la joven esposa, que retrocedió, llena de horror, sin pensar siquiera en correr a deslizar el pestillo de seguridad. Cuando se le ocurrió, era tarde.

La puerta estaba abriéndose.

Un irrefrenable pánico se apoderó de ella. Dudó entre saltar por la terraza y sumergirse en la calle, en un salto mortal, o permanecer allí, pistola en mano, a la espera del nuevo horror que avanzaba hacia ella.

Entró algo de claridad desde el rellano. Muy poca. Se recortó contra esa claridad una figura erguida, envuelta en una gabardina amplia, con un sombrero ocultando su cabeza, el rostro en la sombra, imposible de distinguir.

—Señora Blake, aquí estoy... —dijo aquella espantosa voz, brotando ahora directamente de los labios del recién llegado—. He venido a matarla...

—[No, no! ¡Es un fantasma, no puede ser real, Dios mío! —sollozó ella, al borde del histerismo—, ¡Era Meeker, y Meeker está muerto! ¡Tiene que estar muerto!

—Usted es quien estará muerta en seguida, señora Blake, se lo dije...

—¡No, no me matará! —chilló ella, comenzando a disparar de repente el arma, con fría determinación.

Llameó la pistola una, dos, tres, cuatro, cinco, seis veces. Estaba vaciando el cargador.

Siguió disparando. Pero la figura de la entrada no se tambaleaba ni se inmutaba. Como en una atroz pesadilla, avanzaba hacia ella,

inexorable, pese a los disparos que iba haciendo, incansable, exasperada...

—¡No puede ser! —chilló, frenética, arrojando el arma contra el intruso siniestro, ya muy cerca de ella, cuando disparó en vano, cayendo el percutor en el vado — , ¡Está muerto, está muerto! ¡Yo misma lo maté! ¡Era Meeker, era Meeker, estoy segura! ¡Esta vez no pude equivocarme! ¡Pude cometer un error CUANDO MATE A VANESSA KIRBY cre-yendo que ella era la autora de las llamadas! ¡Pero no pude equivocarme con Meeker, él mismo me lo confesó cuando bajé a verle! ¡Me lo confesó riendo, y yo le golpeé con el atizador que llevaba en la mano, hasta matarle: ¡Nunca esperó algo así, y me miraba con asombro al verme golpeándole una y otra vez! ¡Era Meeker, era él! ¡Yo maté al autor de esa voz, estoy segura!

La luz se encendió bruscamente de nuevo. Patricia parpadeó, deslumbrada. Frente a ella, la silueta amenazadora y maligna dejó de ser tal. Bajo la gabardina y el sombrero identificó al hombre que había causado tanto terror en ella, sobre el que había disparado

el arma hasta vaciarla...

Era Dick Blake, su marido. Se quitó de la boca un adminículo pequeño.

—¡Dick! —sollozó—. ¡Oh, Dick, si eras tú!

Se precipitó hacia él, para abrazarle. Dick la apartó firme, enérgicamente. Sus ojos fríos y acusadores estaban clavados en ella.

—No, Pat —rechazó glacialmente—. Ahora, no. Ya no puedes seguir haciendo el papel de la mujercita inocente y asustada. Ahora sé la verdad. Tú misma la has confesado...

—¿Verdad? ¿Qué verdad? —susurró ella, aturdida.

—Bien lo sabes: el asesinato de Vanessa, el de Meeker...

—¡Qué tontería! Estaba histérica, Dick, cariño. No sabía lo que decía...

—Desgraciadamente, sí lo sabías muy bien —caminó hacia el fondo de la sala, lenta y cansadamente, pasando a su lado sin mirarla siquiera —. Descubrí, en mi viaje a California, que Jennifer Grant, la esposa de Douglas Meeker Grant, asesinada a bordo de su yate en San Francisco, hace casi once años, tenía una joven amiga de sólo dieciocho años llamada Patricia Fleming... Ese es tu nombre de soltera, ¿no? Lo demás

resulta fácil de imaginar. Por alguna razón, peleasteis la dos y tú mataste aquel día a la esposa de Meeker, lanzando su cuerpo al mar. Meeker te buscó por todo el país durante años, hasta dar contigo. Quiso hacerte pagar aquel crimen a su manera, antes de intentar matarte en venganza. Por eso planeó lo de la voz y todo lo demás. Tú pensaste, en cambio que era Vanessa la autora de esas llamadas. Y furiosa, movida por un odio feroz que se había despertado en ti hacia quien aterrorizaba de tal modo, resolviste acabar a tu manera las cosas. Fuiste a su casa aquella noche. Vanessa no sospechó nada. Te recibió, te invitó a una copa de menta... y tú la mataste. Supiste entrar y salir sin ser vista por el conserje, tú misma dijiste que era fácil, como si realmente supieras que podía hacerse... Luego, tu horror no tuvo límites al repetirse las llamadas y comprender que habías matado a una inocente. Cuando estuviste segura de que era Meeker, resolviste acabar de una vez por todas aquel juego. Drogaste con un narcótico a tía Agatha, ella se durmió profundamente, y tú bajaste a ver a tu vecino. No, él no llamó esa noche. Recuerda que ese teléfono estaba intervenido. Ha sabido que no hubo *ninguna* llamada de madrugada... Mataste a Meeker abajo, en su piso, sorprendiéndole cuando él no creía que tú pudieras obrar con tal rapidez. Te empujó a ello saber que él conocía tu culpa en el viejo crimen. Cuando me lo contó a mí, sin que yo entendiera el porqué, tú escuchabas en tu alcoba y comprendiste que era preciso acabar con él cuanto antes... No fue él quien dejó un rastro de sangre en la escalera al huir, sino tú, al volver a! piso, tras golpearlo con la escopeta que Meeker utilizó para matar a Doris Miller, pensando que te mataba a ti... Esa es la historia, Pat. Una horrible historia de sangre y de muerte, en la que tú tienes el peor papel, porque Meeker sólo mató a una mujer, confundiéndola con la asesina de su esposa... y tú has matado a TRES personas, Pat. Todas ellas, a lo que veo, a sangre fría.

Patricia le miraba con una mezcla inicial de horror y asombro. Ahora, sin embargo, se había tranquilizado. Estaba fría, serena, dueña de sí.

—Blake, cariño... —murmuró—. ¿Tú solo llegaste a esas conclusiones?

—Sí. Por una vez, he sido como los héroes de mis novelas, Pat. Y no me alegra demasiado, la verdad. La solución final no es la más grata para mí.

—Es fácil olvidarla, dejar todo como está...

—No. No para mí, Pat. Yo sé ahora que tú eres una asesina, una mujer capaz de matar para sobrevivir. Tal vez sea humano, pero es terrible. Ya no podría sentir por ti lo mismo que sentí siempre...

—Dick, inténtalo... Estaba tan asustada que quise luchar a mi modo...

—¿Y Jennifer Grant? ¿Por qué mataste a la esposa de Meeker hace diez años largos?

—Tuve..., tuve que hacerlo —sollozó brevemente ella, aunque con rostro sereno y calmado—. Jennifer... Jennifer descubrió, no sé cómo... que yo, a mis quince años, había ahogado en una piscina a mi hermana mayor, Carol, qué era la heredera legal de la fortuna que ahora poseo. Sabía que no fue accidente, sino asesinato... e iba a hablar. Tuve que hacerlo, Dick, ¿comprendes?

—Dios mío, Pat... —Dick sintió un escalofrío de horror—. Hablábamos de ese susurrador de amenazas, pero eres tú... tú... quien está loca. Quien siempre estuvo loca y halló que meter a los demás no era problema, que lo importante era sobrevivir...

Había llegado ante la chimenea. Se apoyó, abatido, en la repisa, dando la espalda a su mujer. Ella susurró, con su tono más persuasivo:

—Dick, amor mío..., te necesito. Me comprendes, ¿verdad? Seguiremos unidos...

—No, Pat, no. No es posible ya. No podemos seguir así..., nunca más ya.

—Dick, tú..., tú tienes que comprenderme si me amas... ¿Dijiste a alguien más todo lo que has descubierto hoy?

—No, aún no. Pero llamaré a la policía, Pat. No hay otra solución. Yo mismo lo prepararé todo. La llamada telefónica, el truco de la pistola, tras cambiar las balas de verdad por unas de fogueo... Quería que confesaras tú misma, corno así lo hiciste. Quería salir de mis horribles dudas, aunque no sé qué ha sido peor...

—Dick, por última vez, te lo ruego...

—No —cortó él, tajante—. No sigas, Pat. Es el fin. El fin de todo...

Algo sucedió a su espalda. Hubo un brusco movimiento. Luego, un disparo.

Pat gritó. Blake se volvió rápidamente.

Su esposa estaba lívida, sujetándose la mano derecha, sangrante. A sus pies yacía un atizador de la chimenea. En la puerta del apartamento,

el teniente Wayne, revólver en mano, controlaba la escena. Tras él había dos agentes uniformados.

—Lo siento, señora Blake —dijo fríamente el policía—. De no disparar, hubiese usted aplastado el cráneo de su marido con ese atizador...

Dick Blake miró a Patricia con dolor, con infinita tristeza y amargura. Ella bajó la cabeza, retrocedió tambaleante, sujetando su mano herida.

—¿También a mí? —musitó Blake con voz ronca—. Dios mío, Pat.. Eso nunca lo hubiera imaginado...

—No me dejabas otra salida. Lo siento, cariño... —sollozó ella.

—Debí avisarme de su peligroso juego, Blake —masculló el policía con disgusto—. Por fortuna, había puesto micrófonos ocultos en este piso y pudimos seguir toda la escena sin perder detalle... Ya le dije que era peligroso pretender ser un detective aficionado...

Señora Blake, está usted arrestada, acusada de varios asesinatos y...

Pat gritó agudamente. Echó a correr Nadie pudo evitarlo. Dick lo intentó, pero cuando llegaba a la puerta de la terraza, su joven y bella esposa saltaba ya al vacío, perdiéndose en la sima de la calle neoyorquina, hasta terminar su trágico viaje final en el asfalto, con

un sordo, escalofriante golpe.

Ahora, sí.

Ahora, Richard Blake sabía que éste era el fin.

* * *

—¿En qué piensas, Dick?

—En nada, Rhonda. Y en mucho.

—Te comprendo. Pero pensar no resuelve nada, querido. Trata de olvidar...

—No puedo — contempló el féretro que subía al carruaje fúnebre, camino del cementerio—. Me queda un difícil camino por recorrer ahora.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—No, aún no. Es pronto. Demasiado pronto para otra cosa que no sea pensar, recordar...

—¿Tal vez algún día, más adelante?

Blake buscó los ojos verdes de Rhonda, muy fijos en él. Asintió con tristeza.

—Sí, Rhonda —murmuró—. Tal vez algún día... más adelante.

—Esperaré, Dick. Sabré esperar prometió ella.

Y el cortejo fúnebre arrancó, camino del cementerio, en una nubosa y fría mañana otoñal, cuando empezaba a lloviznar sobre Manhattan.

F I N

PUNTO

ROJO

intriga...

**PUNTO
ROJO**

ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

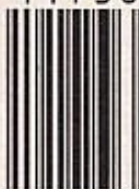
acción...

ROJO



9 788402 025135

1 1736



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España